

CAPÍTULO 4: 13-32.

Versículo 13:

“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo”.

La unidad del cuerpo es el tercer aspecto fundamental de su edificación y la coronación o último objetivo de dicha edificación.

Su unidad no depende de la voluntad, ni de la conducta de los creyentes: es obra del Espíritu Santo (versículo 3). Cada salvado es un miembro del cuerpo de Cristo y Dios mismo le ha hecho parte de ese cuerpo, por lo cual es inconcebible que el cuerpo de Cristo pueda carecer de unidad. Muchos (especialmente la Iglesia Católico-romana y el Consejo Mundial de Iglesias), con un pensamiento groseramente materialista, sólo conciben esta unidad como visible, pero la indestructible y necesaria unidad del cuerpo de Cristo es esencialmente espiritual, es como la unidad de las personas de la Trinidad:

“... Padre santo, a los que me has dado, guárdalos por tu nombre, para que sean una cosa, como también nosotros... Para que todos sean una cosa, como tú, oh Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa, para que el mundo crea que tú me enviaste. Y yo, la gloria que me diste les ha dado, para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumadamente una cosa; que el mundo conozca que tú me enviaste y que los he amado, como también a mí me has amado” Juan 17: 11, 21 – 23).

Y por eso no puede incluir sino a los verdaderos creyentes, regenerados por el Espíritu Santo y redimidos por Jesucristo:

“Yo ruego por ellos, no ruego por el mundo, sino por lo que diste, porque tuyos son... Yo les he dado tu palabra y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo... Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos” Juan 17: 9, 14, 20.

Sin embargo, esa unidad espiritual debe expresarse externamente, aunque toda manifestación externa de la unidad del cuerpo de Cristo siempre será imperfecta por la imperfección inevitable debido a que todavía está en nosotros el “viejo hombre” y porque es imposible evitar que algunos “del mundo”, no regenerados, se introduzcan en la iglesia visible. Por eso es que

aunque la unidad es inherente al cuerpo de Cristo se presenta aquí como un objetivo por alcanzar como parte de la “obra del ministerio” de todos los creyentes verdaderos (“hasta que”). Podemos obscurecer, opacar y hasta hacer casi imposible de apreciar la unidad que de todos modos tenemos en Cristo. Es en esto que todos los santos deben ser enseñados y guiados, para que sirvan al Señor y contribuyen a que esa unidad esencial se haga visible y sea un testimonio que traiga a la fe a los elegidos que todavía no han creído. La unidad espiritual debe ser manifestada exteriormente lo más perfectamente que sea posible:

“Y todos los que creían estaban juntos y tenían todas las cosas comunes... Y perseverando unánimes cada día en el templo y partiendo el pan en las casas comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo gracia con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos... Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma y ninguno decía ser suyo algo de lo que poseía, mas todas las cosas les eran comunes” Hechos 2: 44, 46 – 47; 4: 32.

y en forma creciente, aunque tal manifestación externa no es parte de la esencia de la unidad del cuerpo de Cristo, porque toda contienda y división carnal, es decir, no motivada por fidelidad y en obediencia a la Palabra de Dios, es resultado de la naturaleza antigua que todavía conservamos y que siempre tendremos aquí en la tierra.

Para que esta unidad espiritual, invisible, se exprese externamente lo mejor posible tenemos que aprender a hacer clara diferencia entre lo esencial y lo secundario, en la forma expresada en 4: 3 y a tener mucha tolerancia legítima, paciencia y mansedumbre. Toda labor proselitista de los miembros de una iglesia fiel respecto de otra igualmente fiel debe ser severamente condenada y desalentada. A veces se ejerce tal proselitismo pecaminoso hasta entre iglesias de la misma denominación. Las bromas sobre las creencias y prácticas secundarias deben ser cuidadosamente evitadas, así como las discusiones sobre ellas. Los ministros especiales deben conducir a todos los creyentes, para contribuir juntos a la expresión visible de su unidad espiritual.

Tanto el desarrollo de los miembros del cuerpo, como la expresión visible de su unidad, requieren que reconozcamos que Dios ha dado diferentes dones o talentos a sus hijos y les ha llamado a diferentes ministerios y que cumplamos fielmente el llamado del Señor y ocupemos en el edificio o en el cuerpo de Cristo el lugar que él nos ha asignado.

Como el objetivo de la “obra del ministerio”, tanto de los ministros especiales como de los creyentes en general, se habrá alcanzado cuando “todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios”, llegará el tiempo cuando tal ministerio estará completamente cumplido, por lo cual ya no será necesario. Mientras la fe sea imperfecta a causa de nuestras limitaciones y tengamos creyentes verdaderos diversas opiniones sobre

doctrinas que no están tan claras y abundantemente reveladas como para que no quepa duda sobre su verdadero sentido, la manifestación externa de la unidad que tenemos implícitamente en Cristo continuará siendo imperfecta. También contribuyen a esa imperfección los muy diferentes grados de conocimiento de Cristo que tenemos los redimidos. Sin embargo, el Señor no nos coloca una meta más baja que el alcanzar esa perfecta unidad externa, a pesar de que es imposible en nuestra condición actual, así como en lo individual se nos exhorta a vencer completamente el pecado, aunque eso es imposible antes de la muerte física o antes de que nuestro Señor vuelva. Esto indica que es una meta hacia la cual debemos avanzar continuamente y lo alto de ella debe ser un estímulo para llegar más cerca de la meta, que si se nos propusiera una más baja.

Que debemos tender a la mayor unidad visible ahora se deduce del hecho que la Escritura no aplaza indefinidamente la necesidad de nuestro progreso espiritual, a que nos ordena que tendamos a la perfección y a que nos muestra los medios, y su aplicación, para poner en práctica esta exhortación a la unidad.

Cuando Cristo arrebate su Iglesia de la tierra, entonces, y sólo entonces, su unidad interna y espiritual corresponderá exactamente a lo que podría llamarse unidad externa, porque todos creeremos igual y tendremos un conocimiento suficiente de Jesucristo, aunque siempre limitado y en diversos grados. Esto impedirá las contiendas y disensiones, las envidias y el amor propio y un alto concepto de nosotros mismos y producirá amor fraternal perfecto.

Como la unidad de la fe DEL Hijo de Dios, es decir la verdad efectivamente revelada en las Escrituras, es condición o antecedente necesario para la manifestación de la unidad esencial del cuerpo de Cristo, la unidad visible que procura alcanzar el Movimiento Ecuménico es una falsa unidad, basada en el pluralismo, que en realidad es completa falta de unidad de fe, porque a causa de él cada uno cree lo que quiere sobre cada una de las grandes verdades de la fe reveladas en las Escrituras y también sobre las secundarias (o no cree nada).

“A un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo”. El crecimiento en la unidad de fe y en el conocimiento personal y experimental, además de teórico o intelectual, de Cristo conducen a la madurez de cada creyente y de la iglesia. Un conocimiento demasiado imperfecto de las verdades reveladas en la Biblia, que es “la fe de Jesucristo”, y un conocimiento excesivamente débil del Señor conducen a divisiones carnales, contiendas y disensiones y esto revela falta de madurez. Por eso tenemos que desear ir creciendo o madurando, que es aquí la idea de “perfección”, en lo que creemos y en el conocimiento efectivo de Jesucristo. Esto último es el medio para madurar, así como en la vida natural lo es el paso del tiempo y la experiencia.

¿A qué grado o nivel de desarrollo o de madurez debemos llegar? Una vez más se coloca una meta inalcanzable en la tierra, no menos, porque, como vimos antes, mientras más alta la meta, más alto llegaremos, aunque no la alcancemos. Aquí la meta es la misma perfección humana de Cristo.: “a la medida de la edad de la plenitud de Cristo”. La palabra traducida “edad” significa también “estatura”, pero el significado es el mismo: “desarrollo o madurez completa”.

Hemos sido predestinados para ser “hechos conforme a la imagen de su Hijo” (Romanos 8: 29), de modo que tenemos que ir siendo transformados progresivamente a la imagen de Cristo; Cristo mismo tiene que ir creciendo en nosotros, hasta alcanzar la meta, que es su plenitud. Cristo es el hombre ideal, cabeza de nuestra raza e ideal perfecto de humanidad. Estos hechos se presentan por medio de la figura de una persona que ha alcanzado su estatura máxima o llegado a una edad en que su madurez es completa.

La perfección de que se trata aquí no es un concepto vago o ambiguo: Es la humanidad completa, plenamente desarrollada y esa plenitud y desarrollo completo sólo es posible observarla en el único ser humano que ha alcanzado tal estatura: Jesucristo. Detallar aquí esa perfección del Señor nos llevaría muy lejos. Esto muestra la necesidad imperiosa de leer y meditar mucho en los evangelios, así como en el resto de las Escrituras, para tomar conciencia y retener en la memoria dicha perfección. Basta señalar aquí su admirable equilibrio de amor y justicia; de ternura hacia los débiles y caídos y de apasionada denuncia del pecado y la hipocresía; de prudencia para evitar el peligro innecesario o fuera de tiempo y de valor indomable para afrontar la oposición, el dolor y la muerte; y también, su santidad y su amor y entrega apasionada a su Padre, hasta el punto que la comunión con él era para Jesús realmente la vida; su celo consumidor por la honra del Padre; su amor por el hombre hasta la muerte y muerte de cruz; su sabiduría incomparable; su autoridad incontestable; su fe; su oración todopoderosa, su paciencia y mansedumbre; su capacidad para airarse poderosamente sin pecar, sin perder el dominio propio ni ser impulsado por ella a una violencia física o verbal ciega, sin freno; su capacidad para enojarse y al mismo tiempo compadecerse de la ceguedad y maldad de sus adversario; su espíritu de servicio hasta la muerte y su humildad; etc.

El varón perfecto es el que alcanza esa perfección humana de Jesucristo.

El versículo comienza diciendo: “Hasta que todos lleguemos...” Mientras esa meta no haya sido alcanzada, debe continuar el ministerio de evangelistas, pastores y maestros y de todos los creyentes y la meta no será alcanzada nunca en forma completa en el presente, pero debemos acercarnos constantemente a ella, tanto como creyentes individuales (“a un varón perfecto”) como colectivamente como iglesia (“Hasta que todos lleguemos”). Cuando la iglesia alcance unidad perfecta será la manifestación completa de la gloria de Cristo, de su vida y de sus perfecciones: Hacia esa meta debemos tender siempre, seguros de que al fin la alcanzaremos en la venida de Cristo.

¿Hasta dónde podemos llegar en nuestra carrera hacia esa meta durante esta vida terrenal? No podemos decirlo, pero lo que importa es que por la fe y el conocimiento de Cristo podemos acercarnos a ella siempre más y que no hay límite de la altura que podemos alcanzar.

Versículo 14:

“Que ya no seamos niños fluctuantes y llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que, para engañar, emplean con astucia los artificios del error”.

“Que ya no seamos niños”, en contraste con “el varón perfecto” del versículo anterior. Muchos convertidos, entonces y ahora, permanecen en la infancia espiritual, a veces durante toda su carrera cristiana, no maduran, y por eso son un impedimento para alcanzar el objetivo de la plena unidad del cuerpo de Cristo, de la iglesia. Esta infancia espiritual se debe a la debilidad de la fe y a lo reducido del conocimiento, tanto teórico como experimental, de Cristo y produce carnalidad manifestada en celos, contiendas y disensiones y les impide distinguir lo bueno de lo malo:

“De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no vianda, porque aún no habiendo entre vosotros celos y contiendas y disensiones ¿no sois carnales y andáis como hombres” I Corintios 3: 1-3;

“Porque debiendo ser ya maestros a causa del tiempo, tenéis necesidad de volver a ser enseñados cuáles sean los primeros rudimentos de las palabras de Dios y habéis llegado a ser tales que tengáis necesidad de leche y no de manjar sólido. Que cualquiera que participa de la leche es inhábil para la palabra de justicia, porque es niño; mas la vianda firme es para los perfectos, para los que por la costumbre tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” Hebreos 5: 12-14.

Debido a su infancia espiritual hay que empezar siempre de nuevo con ellos, instruyéndolos en los “rudimentos de la fe”, lo más elemental y sencillo, a lo cual el apóstol llama “leche”, aludiendo a la única alimentación adecuada para los niños muy pequeños, en contraste con el alimento sólido, que es el discernimiento espiritual entre lo bueno y lo malo; entre el Espíritu del Señor y los espíritus inmundos o el simple espíritu humano; la elección; la eterna seguridad de los regenerados mediante la obediencia, la santidad, la fe, obradas en ellos por la gracia especial de Dios, pero practicada por ellos; el conocimiento, apreciación y apropiación del carácter y de los métodos de Dios para tratar con sus criaturas y especialmente con sus elegidos, etc. Su infancia espiritual les hace también incapaces para realizar las tareas más difíciles del servicio cristiano.

Nótese que esta es una fuerte exhortación para no permanecer en esa condición infantil: “que ya NO seamos niños”. El apóstol les escribe para instruirles y hacerles crecer o madurar.

Es triste y decepcionante para todo ministro encontrar que aquellos que ya debían ser maestros, siguen siendo niños que necesitan ser cuidados y alimentados como criaturas pequeñas, que tienen una comprensión muy reducida de la verdad y objetivos estrechos y personalistas y carecen de sentimientos generosos y pensamientos elevados (Findlay). A menudo estos

niños espirituales poseen dones preciosos, sin embargo su inmadurez e inestabilidad son una constante preocupación y fuente de ansiedad para sus pastores, porque a los cristianos inmaduros se les aparta fácilmente de la sana doctrina, que es lo mismo que la fe. Por eso tienen que permanecer en la sala cuna, bajo vigilancia constante, en vez de participar en la buena batalla de la fe, como hombres y mujeres fuertes y valientes (Findlay).

Ahora pasa Pablo a señalar en el resto de este versículo 14 cómo esta infancia espiritual es un hecho negativo que impide alcanzar el objetivo de la plena unidad de la iglesia y luego, en los versículos 15 y 16, a señalar los medios precisos para avanzar hacia dicho objetivo.

“Fluctuantes y llevados por doquiera de todo viento de doctrina”. Es bien conocido el amplio campo de interés de un niño pequeño: todo le interesa, pero en la misma medida que es tan extenso su interés, lo es superficial, transitorio. El niño toma lo que le llama la atención, lo mira, lo toca, lo golpea, se lo lleva a la boca y rápidamente lo desecha, para repetir la misma operación con un nuevo objeto y así interminablemente, mientras está despierto. Pero a medida que crece y madura se va estrechando su campo de interés, se va especializando y de esta manera va profundizando más y haciendo más estable su dedicación a lo que le interesa. Esto mismo ocurre con el creyente. Mientras permanece niño en su fe está expuesto a interesarse en la infinidad de ideas que existen sobre Dios, el alma, la salvación, la eternidad, etc. Sin permanecer en, ni profundizar ninguna de ellas y como estas ideas, teorías o doctrinas son muy variadas y a menudo en conflicto unas con otras y todas con la verdad revelada en la Palabra de Dios, se dice aquí que estos niños espirituales son llevados de acá para allá por todo el viento de doctrina, aludiendo a un barco sin brújula o aún sin timón, que está a merced del viento, sin que pueda seguir nunca un rumbo fijo. En otros pasajes se compara a estos cristianos fluctuantes con el inestable viento o con las olas del mar, nunca quietas, perpetuamente agitadas:

“No seáis llevados de acá para allá por doctrinas diversas y extrañas, porque buena cosa es afirmar el corazón en la gracia, no en viandas, que nunca aprovecharon a los que anduvieron en ellas” Hebreos 13: 9;

“Pero pida en fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda de la mar, que es movida del viento y echada de una parte a otra” Santiago 1: 6.

Estos creyentes inmaduros, por causa de una fe deficiente y su escaso conocimiento del Señor Jesucristo, están en gran peligro, porque se les puede engañar y desviar fácilmente, como a un niño, apartándole de la fe. Son por eso, un motivo especial de preocupación para los pastores, quienes deben comprender su gran responsabilidad de instruir y guiar bien a todos los creyentes, dependiendo de la gracia de Dios, anunciándoles “todo el consejo de Dios” y no una verdad parcial o un evangelio mutilado o falsificado. Hay que

orar por los creyentes inmaduros, pero también hay que instruirles adecuadamente y vigilar, estar atentos, a los errores que proliferan y amenazan especialmente a esta clase de cristianos.

“Por estratagema de hombres que, para engañar”. Las diversas doctrinas falsas que pueden desviar fácilmente a cristianos inmaduros y que habían aparecido ya en tiempos de los apóstoles y luego se han multiplicado y sido una plaga durante toda la historia de la iglesia, son el fruto natural de los falsos maestros que actúan sea por ignorancia o superficialidad, sea por maldad deliberada de gente que desea figurar, ser aplaudida y ensalzada, ser famosa, inventando nuevas “teologías”, para luego encabezar los partidos formados por sus seguidores. Al respecto dice el Dr. Hodge: “La santidad sin el conocimiento y creencia de la verdad es imposible; la santidad perfecta implica, como enseña el versículo 13, conocimiento perfecto. El error, por lo tanto, es malo. El error religioso brota del mal moral y lo produce. Los falsos enseñadores se presentan en las Escrituras como malos, egoístas y malignos o engañosos. Este principio nos da, incidentalmente, un criterio muy seguro de la verdad. En este pasaje el apóstol atribuye el apartarse de la verdad a la astucia y al engaño que caracterizan el error y a los falsos maestros.

En Romanos 16: 17, 18:

“Y os ruego, hermanos, que miréis los que causan disensiones y escándalos contra la doctrina que vosotros habéis aprendido y apartaos de ellos, porque los tales no sirven al Señor nuestro Jesucristo, sino a sus vientres y con suaves palabras y bendiciones engañan los corazones de los simples”

y II Corintios 2: 17 y 11:

“Porque no somos como muchos, mercaderes falsos de la palabra de Dios, antes con sinceridad, como de Dios, hablamos en Cristo... Porque no seamos engañados de Satanás, pues no ignoramos sus maquinaciones”

se da el mismo carácter a los que se separan de la fe por el engaño de los hombres. Por lo tanto, el error siempre daña y los falsos maestros no pueden ser inocentes (Lacy).

El término “estratagema” es la traducción de “kubēia” (dado) palabra que se refiere a un juego de azar con dados. Este es el único lugar del Nuevo Testamento donde se usa. Como es tan común que se haga trampa en el juego, por eso se la traduce “estratagema”. Pero como el término “astucia” significa prácticamente lo mismo, es posible traducir “kubēia” por “juego, azar”, lo que se refiere a que estos falsos maestros toman la verdad superficialmente, como un juego, tomando un poco de aquí, otro poco de allá, al azar. Esto está de acuerdo con la figura anterior que compara estas enseñanzas falsas con el variable viento, que sople desde cualquier parte, sin orden ni regularidad aparente. Todas las falsas enseñanzas son bíblicamente débiles y descuidadas y vulneran los principios de interpretación bíblica. Por todo lo anterior estas

enseñanzas caprichosas, en continua variación, son falsas y además siempre engañan.

“Emplean con astucia los artificios del error”. Los falsos maestros suelen ser astutos y diestros para presentar sus falsas doctrinas en forma atractiva y aparentemente bíblica, porque si dejaran al descubierto su repulsividad y fealdad, no encontrarían muchos seguidores, si es que encontrarán algunos. Por esta razón la Biblia los llama falsos apóstoles, obreros fraudulentos, transfigurados en apóstoles de Cristo y en ángeles de luz y ministros de justicia (II Corintios 11: 13-15). El Señor nos advierte fuerte y severamente contra ellos y sus falsas enseñanzas:

“Y guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces” Mateo 7: 15;

“Por cuanto hemos oído que algunos que han salido de nosotros os han inquietado con palabras, trastornando vuestras almas, mandando circuncidaros y guardar la ley, a los cuales no mandamos” Hechos 15: 24;

“Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al ganado y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas, para llevar discípulos tras sí” Hechos 20: 29-30;

“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis traspasado del que os llamó a la gracia de Cristo a otro evangelio. No que hay otro, sino que hay algunos que os inquietan y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas aun si nosotros o un ángel del cielo os anunciare otro evangelio del que os hemos dicho, también ahora decimos otra vez: Si alguno os anunciare otro evangelio del que habéis recibido, sea anatema” Gálatas 1: 6-9;

“Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos del cortamiento... Porque muchos andan, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo” Filipenses 2: 18;

“Mas evita profanas y vanas parlerías, porque muy adelante irán en la impiedad y la palabra de ellos carcomerá como gangrena, de los cuales es Himeneo y Fileto” II Timoteo 2: 16-17.

Los creyentes inmaduros, niños en su desarrollo espiritual, no pueden darse cuenta del engaño, ni de la astucia de estos engañadores y se pueden dejar seducir fácilmente por el ropaje brillante con que se les presenta el error. Por eso es tan apremiante la necesidad de que los creyentes se desarrollen rápidamente hacia el varón perfecto. Esta es una gran responsabilidad para la iglesia; para sus pastores, ancianos y maestros. Hay que tomar conciencia de tal responsabilidad, porque el mormonismo, los testigos de Jehová, el adventismo y una infinidad de otras enseñanzas erróneas, que aparecen cada día, nos acosan por todas partes.

Un ejemplo importante de lo dicho lo constituye el carisma: ¡Cuán atractivo se presenta, con su culto de entretenimiento! ¡Con qué facilidad captura a los creyentes ignorantes e inmaduros, fluctuantes! ¡Cuán frecuentemente se revela que su error proviene de un mal moral! Recuérdese al respecto el caso estremecedor y de notoriedad mundial de Jimmy Swaggart: ¡Cómo cautivó y embelesó a millones. Cómo señalar sus errores doctrinales a los que habían sido fascinados por él era poco menos que incurrir en herejía; cómo sin embargo, estaba practicando una inmoralidad repugnante, al mismo tiempo que predicaba; y cómo la siguió practicando aún después de haber sido sacada a luz pública la inmoralidad! ¡Qué desastre ha ocasionado a la obra verdadera del Señor y a incontables almas inmaduras que le siguieron ciegamente! Como este ejemplo hay muchos otros.

El término traducido “artificios” es “methodeian” (sistematización). No se trata de errores aislados y caprichosos, sino todo un sistema de error. En esas iglesias de Asia se trataba del naciente gnosticismo, que alcanzaría su pleno desarrollo un medio siglo más tarde. Este gnosticismo se caracterizaba por ser medio judaizante, medio filosófico (ascético en el primer sentido; libertino, en el otro); por su pretensión de profundidad intelectual, aunque se trataba de una especulación débil, descuidada e inconsistente; y por su astucia. Enseñaba que Dios se encontraba infinitamente distante del mundo y que la materia era mala en sí misma.

Tales sistemas de error han existido en toda la historia de la Iglesia. En nuestros días el secularismo y positivismo, el humanismo, el relativismo, el pragmatismo, el marxismo, el agnosticismo (que dice que no podemos tener certeza de nada, por lo cual se contradice a sí mismo, porque entonces ¿cómo podemos estar seguros de que no podemos tener certeza de nada?) son sistemas de error estrechamente relacionados entre sí, que devastan la iglesia y perturban gravemente a los creyentes inmaduros. Todos ellos constituyen una filosofía sin Dios, que unifica las fuerzas de la incredulidad en nuestro tiempo.

Esta incredulidad propagada por falsos maestros, que abundan, se vale de métodos deshonestos y falsos para apartar de la verdad a los inmaduros e inconstantes y para llevarlos a una mala manera de vivir.

Ahora el apóstol pasa a tratar prácticamente este mismo tema, en los versículos 15 y 16.

Versículo 15:

“Antes siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todas cosas en aquel que es la cabeza, a saber, Cristo”.

“Antes siguiendo la verdad en amor”. Este versículo presenta dos contrastes con el 14: Seguir la verdad es opuesto a seguir el error y a ser engañados por estratagemas y astucias; y crecer en todo en Cristo es opuesto a ser y permanecer niños espirituales.

En medio de todos los peligros somos llamados a avanzar hacia la meta de nuestra vocación o llamado celestial, como iglesia y como individuos. Las condiciones para ese progreso se mencionan en estos versículos 15 y 16.

Seguir **“la verdad en amor”** es el arma del creyente, y de la iglesia, para resistir, vencer y no ser engañados. La verdad y el amor son como las defensas naturales del cuerpo contra las enfermedades: cuando están altas los microorganismos que causan enfermedades son rechazados o vencidos por nuestro cuerpo y no pueden producir efecto nocivo. En una naturaleza espiritual adulta, madura, bien desarrollada, las pruebas y tentaciones y los asaltos del error estimulan en vez de detener el crecimiento y el progreso de esos creyentes hace crecer la iglesia. Esta firmeza en la verdad proviene de la unción del Espíritu Santo:

“Mas vosotros tenéis la unción del Santo y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino como a los que la conocéis y que ninguna mentira es de la verdad. ¿Quién es mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este tal es anticristo, que niega al Padre y al Hijo. Cualquiera que niega al Hijo, este tal tampoco tiene al Padre. Cualquiera que confiesa al Hijo tiene también al Padre. Pues lo que habéis oído desde el principio sea permanente en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio fuere permanente en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa, la cual él nos prometió: la vida eterna. Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros habéis recibido de él mora en vosotros y no tenéis necesidad que ninguno os enseñe; mas como la unción misma os enseña de todas cosas y es verdadera y no es mentira, así como os ha enseñado, perseveraréis en él. Y ahora, hijitos, perseverad en él, para que cuando apareciere tengamos confianza y no seamos confundidos de él en su venida”

I Juan 2: 20-29.

Nótese bien que se trata de “seguir” la verdad, lo cual incluye creer o profesar todo lo que a Dios le ha placido revelar en su Palabra, nos guste o no, lo entendamos o no, esté de acuerdo con nuestra experiencia y razón o no. Creer sinceramente todo lo que las Escrituras enseñan es nuestro deber y privilegio, pero esto no significa que debamos creer ciegamente lo que nos dice una iglesia o algún maestro humano. Es nuestro deber ineludible actuar como los bereanos:

“Y fueron estos más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras, si estas cosas eran así” Hechos 17: 11.

En la determinación de si lo que nos enseñan es realmente lo que Dios dice en su Palabra es esencial la iluminación del Espíritu Santo, sin la cual nadie puede entender la Biblia, como vimos en 1: 17-20, y el uso cuidadoso y honrado de los principios de interpretación bíblica, entre los cuales están, por ejemplo, la consideración debida del contexto; la enseñanza general de toda la Biblia, que permite interpretar la Biblia con la misma Biblia; que es literal todo lo que la misma Biblia no autoriza para interpretarlo alegórica o figuradamente; que ninguna persona normal se contradice en un corto escrito; que la Biblia no tiene error, ni contradicción, etc. Esto es lo que se llama “derecho al juicio privado” y también es la aplicación del gran principio que “sólo Dios es Señor de la conciencia y la ha hecho libre de mandamientos y enseñanzas de hombres”. Se apreciará que el derecho al juicio privado no autoriza para interpretar la Escritura caprichosamente o según el gusto y conveniencia de cada uno.

Pero no se trata sólo de creer o aceptar intelectualmente la verdad. La expresión “siguiendo la verdad” incluye también su práctica y aplicación a la vida diaria, puesto que una verdad aceptada intelectualmente, pero que no afecta radicalmente nuestra conducta es vana y está muy cerca de la hipocresía. Creemos que la Biblia es la Palabra de Dios literalmente, aunque adaptada a nuestra limitada inteligencia, razón y experiencia. Creemos que es divina, plenaria y verbalmente inspirada; entonces debemos conocerla, obedecerla y especialmente creerla en su totalidad. Creemos así un Dios único y trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo y que ese Dios es vivo y verdadero, personal, soberano, etc. Por lo tanto, debemos vivir plenamente confiados en que él nunca nos deja, siempre está con nosotros, siempre vela por nosotros, siempre nos está mirando y conoce hasta nuestros pensamientos más íntimos; debemos ser siempre veraces, porque él es la verdad; podemos tener comunión con Dios de persona a persona, comunicarle nuestras dificultades y angustias y necesidades y él puede comunicarnos su voluntad, alentarnos y sostenernos con su Palabra; tenemos que aceptarle sinceramente como dueño de nuestra vida, con derecho a mandarnos y a disponer de nosotros y de todo lo que nos pertenece; tenemos que creer que todo lo malo y lo bueno, está bajo su gobierno, aunque no es autor de nada malo. Creemos que Cristo es Dios y hombre verdadero; creemos en su muerte expiatoria y vicaria, en su resurrección y ascensión, intercesión y regreso. Por lo tanto, tenemos que haber aceptado realmente lo que hizo por nosotros, lo que debe cambiar profundamente nuestra concepción de la vida y nuestra conducta; tenemos que confiar en su intercesión y hacer uso de ella y aguardarle llenos de esperanza.

Y así con cada doctrina bíblica: la creemos, después de verificar que efectivamente Dios la ha revelado en su Palabra, y la practicamos.

Esta práctica requiere amor por la verdad, no una fría declaración doctrinal, sino una entusiasta, ferviente, contagiosa, adhesión a ella, una apropiación de la doctrina. No olvidemos que amor significa unión, identificación con alguien o algo. Amamos la verdad cuando nos unimos a ella, nos identificamos con ella.

“Crezcamos en todas cosas que aquel que es la cabeza, a saber, Cristo”. La condición moral del crecimiento es creer y practicar la verdad con amor. La condición espiritual es el pleno reconocimiento de la supremacía, suficiencia y señorío de Cristo.

En esta segunda parte del versículo 15 se presenta a Cristo como aquel hacia quien debemos crecer, mientras que en el versículo 16 se le presenta como aquel de quien se deriva todo crecimiento.

Crear y practicar la verdad porque la amamos nos hará crecer inevitablemente hacia la perfección de Cristo hombre. Este crecimiento debe ser equilibrado y completo (“en todas cosas”): no sólo en algunas doctrinas más queridas y apreciadas, sino en todas; no sólo en algunas virtudes cristianas, sino en todas; no sólo en relación con algunas partes del cuerpo, sino con todo él. Además se señala la dirección y objeto de este crecimiento: “en aquel que es la cabeza, a saber, Cristo”. La preposición “en” indica “movimiento hasta entrar”, es decir, que nuestro crecimiento tiene por objeto o meta alcanzar la misma perfección humana de Jesús y debe continuar siempre en esa dirección. Se subraya aquí que Cristo es la “cabeza” del cuerpo formado por todos los redimidos por su sangre: el crecimiento debe caracterizarse por una unión cada vez más estrecha y perfecta con Cristo. Es este contacto vital, esta unión perfecta, la que sostiene la vida espiritual y hace “crecer” (o funcionar normalmente también) el cuerpo. Si la unión es imperfecta o está interrumpida en algún área, alguna parte del cuerpo se atrofiará o se dañará. Si se aplica esto a cada cristiano, que es un órgano del cuerpo de Cristo, significará que por su imperfecta unión con Cristo no recibirá la energía, la vida necesaria y crecerá atrofiado o desequilibradamente, lo cual repercutirá negativamente en la salud y armonía de todo el cuerpo. Por ser Cristo la cabeza, él tiene el dominio de nuestras conciencias, la verdad está sólo en él y, por eso, nadie fuera de él tiene derecho a imponernos por ningún medio su pensamiento o voluntad en asuntos de conciencia o de creencia, es decir “sólo él es Señor de la conciencia”.

Versículo 16:

“Del cual todo el cuerpo compuesto y bien ligado entre sí por todas las junturas de su alimento que recibe según la operación, cada miembro conforme a su medida toma aumento de cuerpo edificándose en amor”.

“Del cual todo el cuerpo compuesto y bien ligado entre sí por todas las junturas de su alimento”. Esto expresa la tercera condición práctica del crecimiento de la iglesia. La primera es una condición moral: la verdad y el amor, con la cual enfrenta y responde a la astucia de los falsos maestros. La

segunda es una condición espiritual: el reconocimiento pleno y efectivo de la supremacía, suficiencia y señorío de Cristo, como cabeza de la Iglesia y de cada creyente. La tercera condición es la “organización” o el carácter de “organismo” o de “cuerpo organizado” que tiene la Iglesia: “todo el cuerpo compuesto y bien ligado entre sí”.

“**Del cual**” se refiere a Cristo, la cabeza de la Iglesia, a quien se refieren las últimas palabras del versículo 15. “Del cual” significa que todo lo que se dice de la Iglesia a continuación viene de, depende de, la obra de Cristo, así como funciona la cabeza respecto al cuerpo en todo organismo humano.

“**Todo el cuerpo compuesto**” repite la figura favorita de Pablo, tomada de la construcción de un edificio, donde cada parte tiene que encajar en, o corresponder exactamente, a las otras, para formar un conjunto firme y armonioso, como en 2: 21 y 22. Indica también que así como el cuerpo humano está maravillosamente coordinado y es un todo orgánico donde todas las partes son interdependientes e interactuantes entre sí, por lo cual con toda razón se puede decir que es una obra maestra de Dios, así también lo es la Iglesia. En parte el hecho de que el cuerpo está bien compuesto se refiere al orden que debe tener cada iglesia, con sus oficiales regulares, su forma de gobierno, de culto y de acción.

Pero en un edificio o en una máquina basta que las partes ajusten bien entre sí. En cambio en un cuerpo se requiere, además, ese algo misterioso que llamamos vida que debe estar “bien ligado entre sí”, es decir, en la iglesia se requiere la unión cálida de los corazones, los cordiales sentimientos mutuos, el consejo fraternal de los miembros entre sí, su cooperación y provisión mutua, por lo cual cada uno aporta su contribución al conjunto. Cada miembro tiene un lugar y función en el cuerpo, que es la iglesia: nadie sobra, nadie es inútil. Este vínculo entre los diferentes miembros es el amor: “unidos en amor”, dice Pablo en Colosenses 2: 2; Cuán esencial es el amor, que nos impulsa a unirnos, como fuerza centrípeta, en la iglesia! Su deficiencia será siempre una enfermedad del cuerpo y su carencia, una enfermedad mortal: una iglesia local formada por cristianos profesantes que no se aman de verdad está condenada a muerte, a desaparecer sin remedio.

El tiempo de los verbos usados en esta frase indica que este cuerpo está en proceso de organización, por lo cual sus órganos, que son los creyentes, están imperfectamente desarrollados y ajustados a los demás, pero van uniéndose cada vez más en el amor fraternal, a medida que cada uno crece espiritualmente, de modo que cada creyente y la iglesia van formándose simultáneamente, en plena interdependencia. El crecimiento del cuerpo requiere que cada miembro ocupe el lugar que Dios le ha asignado y COOPERE (no compita o se enfrente) con todos los otros en la obra común.

“Por todas las junturas de su alimento”. Colosenses 2: 19 permite entender el sentido de esta frase oscura: “Y no teniendo la cabeza, de la cual todo el cuerpo alimentado y conjunto por las ligaduras y conjunturas, crece en aumento de Dios”. Este pasaje se refiere a los falsos creyentes que no están unidos a la cabeza y, por lo tanto, no participan de su vida. Pero también el pasaje nos muestra que las “conjunturas” (las mismas “junturas” del pasaje que estamos considerando se refieren al contacto de los miembros con la cabeza, por el cual el cuerpo es dirigido y recibe la vida. Es el contacto de cada miembro con la cabeza lo que le da su unidad al cuerpo y, por eso, mientras más íntimamente nos relacionemos con Cristo, más verdaderamente

estaremos unidos y nos amaremos fraternalmente entre nosotros, hasta hacer de esa unión algo indestructible. Recíprocamente, falta de unión y amor fraternal efectivos significan débil o defectuosa intimidad con Cristo. Así que toda la fuerza necesaria para el crecimiento del cuerpo se comunica o supe por esos puntos de contacto de cada miembro con Cristo (de ahí el uso del término “alimento” en nuestra traducción). Esos contactos (esa relación íntima y estrecha) entre cada miembro y Cristo deben estar en buenas condiciones, no ser como ligamentos a medio cortar o articulaciones con sus cartílagos gastados o sus huesos fuera de su sitio.

Esta relación íntima con Cristo es el resultado de leer, estudiar y meditar las Escrituras con amor, para “oír” su voz y para conocerle y obedecerle; de orar con fe y a causa de la convicción íntima de nuestra incapacidad y total dependencia de él; de nuestra redención y dedicación de corazón, sincera, a él; de seguir sin excusas, ni racionalizaciones la voz del Espíritu Santo, que vive en nosotros, controlando siempre ese impulso con la Palabra de Dios, por la cual le place ahora comunicarse con nosotros, exclusivamente, al Espíritu Santo.

¡Qué nadie se engañe!. Quien tiene rencor u odio hacia un hermano, quien está lleno de envidia o espíritu vengativo, quien no puede aceptar a un hermano, quien desprecia o no se interesa sinceramente en los hermanos, está en malas relaciones con Cristo y no tiene intimidad con él.

“Que recibe según la operación, cada miembro conforme a su medida”. Esta “operación” se refiere a la obra de Cristo en la Iglesia. Esta obra es más o menos eficaz según la capacidad espiritual de cada miembro (“su medida”). Cada miembro tiene dones dados por Cristo; no existe un cristiano verdadero que no los tenga. Cada uno recibe la vida y la gracia de Cristo y el cuerpo se edifica cuando todos trabajan armoniosa y servicialmente entre sí. En la multitud de reuniones pequeñas, desconocidos a veces para los mismos cristianos, reuniones que pasan desapercibidas, de cristianos que se aman porque Cristo los ama, se manifiesta la gracia y se esparce el amor por el cual la Iglesia vive y prospera. Cada parte del cuerpo de Cristo, según la medida de su capacidad, debe recibir y transmitir la gracia que es común a todos los miembros.

Pero si la fe de un miembro es débil, responderá también muy débilmente a los mandatos de la cabeza y la obra de Cristo en él no será muy vigorosa. Cristo puede hacer mucho con un miembro que no se da a él y cuya vida moral es oscura, pero NO QUIERE hacerlo. En cambio, si el corazón y la vida están siempre abiertos para recibir lo que Dios nos quiere dar, tendremos una capacidad creciente para recibir y para actuar. Así como las plantas siempre se inclinan hacia la luz en busca de ella, que es su vida, así el cristiano debe recibir su vida espiritual por estar abierta e inclinada su alma hacia su Redentor.

“Toma aumento de cuerpo, edificándose en amor”. Esta es la conclusión de los versículos 15 y 16: El crecimiento de la iglesia es el resultado de la cooperación amorosa de todos los miembros entre sí y de su unión con Cristo, de modo que la vida de gracia fluya sin obstáculos a través de este organismo, como la sangre en el cuerpo humano. Así el cuerpo, que es la Iglesia, alcanzará el objetivo propuesto por Dios: una unidad completa y la plena madurez final, con todas las virtudes y excelencias humanas de Cristo, su cabeza. El terreno o el medio en que este crecimiento y madurez se verifican

es el amor. Si reina el odio no hay crecimiento posible de la iglesia. El amor es su alma y su vida y este amor proviene de Cristo, que lo derrama en nuestros corazones por medio de su único vicario en la tierra, el Espíritu Santo. Este amor mutuo entre los miembros, recibido por cada uno de ellos directamente de la cabeza, promueve y se expresa en ayuda mutua efectiva, espiritual, moral y material, y en este terreno fértil brota, crece, se desarrolla la iglesia, como una planta lozana y llena de energía o, mejor, como un robusto árbol de hojas siempre verdes.

2. Exhortaciones a una vida cristiana moral. 4: 17 a 5: 21.

Al comenzar este capítulo 4 la exhortación a que vivamos en forma digna de nuestra condición de hijos de Dios llevó al apóstol a llamar a los creyentes verdaderos a que promuevan la unidad de la iglesia. Ahora se dirige a ellos como miembros de una sociedad y describe la clase de vida que deben vivir.

2.1. Vida vieja y vida nueva. 4: 17 – 24.

Versículo 17:

“Esto pues digo y requiero en el Señor que no andéis más como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su sentido.

“Esto pues digo y requiero en el Señor, que no andéis como los otros gentiles”. En general, Cristo ha originado una nueva humanidad, un nuevo hombre. Esto se destaca con fuerza, si el sentido exacto de esta frase es “que no andéis como los gentiles”, como piensan algunos, puesto que escribe a los gentiles, pero los coloca así completamente aparte de los gentiles en el sentido natural del término: Aunque son gentiles en la carne, espiritualmente ya no lo son; pertenecen, por decirlo así, a una nueva raza. En la misma forma, el apóstol Juan, más tarde, aunque es de raza judía, se refiere a los judíos como si fueran una raza completamente ajena (Juan 3: 25; 5: 1, 16; 6: 41; etc.).

En la primera parte del capítulo, Pablo ha tratado de la Iglesia y de su unidad. Ahora se refiere a la nueva vida del creyente en relación con esa nueva comunidad, que es la Iglesia, y a la cual ha pasado a pertenecer ahora, por la fe. La sociedad gentil estaba formada por “viejos hombres” u “hombres naturales” y era el producto de incontables siglos de la idolatría más degradante y la sociedad actual no creyente sigue viviendo en la mayor degradación. Para el “nuevo hombre”, nacido por la fe en Cristo y por la poderosa regeneración obrada por el Espíritu Santo, ese mundo ha muerto. Ahora participa de la nueva humanidad formada por Jesucristo con su poder divino. Es de esta idea básica que Pablo deduce la doctrina moral que expone a continuación; es por eso que nosotros, los creyentes bíblicos, ya no podemos vivir como la mayoría y tenemos que formar un pueblo especial. Esto no es un mero cambio de religión, sino una potente y divina vida nueva que nos ha sido dada por nuestro Salvador, mediante su Espíritu.

Los versículos 17 a 19 se refieren muy condensada y penetrantemente a la vida gentil o del mundo, en una forma similar, y a veces más profunda que el pasaje paralelo más extenso y detallado de Romanos 1: 18-32. El análisis incluye las características intelectuales, espirituales y morales del paganismo.

“Esto pues digo” es una forma de volver a tomar el tema con que empezó el capítulo y que, en cierto modo, interrumpió para referirse a la unidad de la Iglesia. Digo: “en cierto modo”, porque en realidad esa unidad es un aspecto esencial de andar de acuerdo al llamado de Dios. Lo que ahora dirá no es una conclusión de lo anterior, sino una enseñanza adicional.

“Y requiero en el Señor”. “Requiero” es, literalmente, “testifico”. Podría traducirse: “en el Señor”, ¡Con qué pasión escribe Pablo esto! Equivale a decirles: “Os ruego encarecidamente”, os pido insistentemente” y no por mi propia autoridad, sino por la del Señor ¡Tan importante es lo que seguirá! Con toda razón puede esperarse que una exhortación tan impresionante e imperativa será escuchada con debida atención y obedecida, tanto por destinatarios originales de la epístola como por nosotros.

“Que no andéis más como los (otros) gentiles”. Evidentemente algunos profesaban ser cristianos, pero seguían viviendo como si nada hubiera cambiado en sus vidas. A ellos se refiere Pablo en Filipenses 3: 18 y 19:

“Porque muchos andan, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin será perdición, cuyo dios es el vientre y su gloria es en confusión, que sienten lo terreno”

y sin duda esta advertencia proviene del pensamiento expresado en 4: 14 sobre los falsos maestros, que pervertían tanto la fe como las costumbres de sus discípulos, llevándoles insidiosamente a volver a sus antiguos y malvados hábitos de vida. Así ocurre hasta ahora. Los modernistas liberales atacan y procuran destruir la fe bíblica y también motivan a los que les siguen a volver a los malos hábitos del mundo, burlándose de los creyentes fieles, a quienes suelen calificar, mordazmente, de “puritanos”. Esta malvada conducta se ejemplifica de modo terrible en el hecho de que las iglesias apóstatas, completamente dominadas por el liberalismo o modernismo y por el humanismo, se cuentan entre las principales propugnadoras y defensoras de abominaciones tales como la homosexualidad masculina y femenina, el aborto, la eutanasia, la legalización del consumo de droga, el divorcio, el “amor libre” (que es adulterio y fornicación), el relativismo moral (que puede justificar hasta los actos de más inconcebibles maldad. Véanse las obras sobre la “nueva” moral de Robinson, Fletcher y otros) y el pragmatismo (el fin justifica los medios), etc.

También hay muchos que profesan ser “nacidos de nuevo”, que dijeron que habían hecho una “decisión de aceptar a Cristo como su salvador, pero cuyas vidas no dan ninguna evidencia de cambio verdadero; ¡El nuevo nacimiento es inmensamente más que una simple declaración verbal de fe en Cristo! Esto es burlarse, en la práctica, y pisotear el bendito evangelio de la gracia, cuyo objeto, entre otros, es cambiar al ser humano en lo más profundo

e íntimo de su ser. ¿Cómo pueden imaginar siquiera los tales que escaparán de las manos del Dios vivo y verdadero, que es fuego consumidor?

“Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por el pecado, sino una horrenda esperanza de juicio y hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que menospreciare la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere sin ninguna misericordia. ¿Cuánto pensáis que será más digno de mayor castigo el que hollare al Hijo de Dios y tuviere por inmunda la sangre del testamento en la cual fue santificado e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Sabemos quién es el que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor y otra vez: El Señor juzgará su pueblo. Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo” Hebreos 10: 26-31.

“Nuestro Dios es fuego consumidor” Hebreos 12: 29.

¡QUÉ TIEMBLLEN LOS TALES ante el juicio desolador que les aguarda y del cual no podrán escapar!

“Andéis” se refiere tanto a la conducta exterior, que todos pueden observar, como a lo que cada uno es en realidad en su vida interior, realidad que se expresa en la conducta externa observable. Pero como puede exhibirse una conducta correcta externa intachable, que no corresponda a una realidad interna, es decir, una simulación consciente o inconsciente, y como la conducta externa puede ser ignorada o mal interpretada (tanto considerando santo a un corrompido como condenando a un justo), lo que verdaderamente importa es nuestra vida interior, lo que podríamos llamar nuestro “comportamiento” interno: pensamientos, motivos, propósitos, actitudes (en relación con el estudio y meditación de las Escrituras, la oración, el servicio al Señor, nuestros pecados, nuestras capacidades, nuestros éxitos y fracasos, etc.), imaginaciones y fantasías mentales, etc. Que este es el sentido de “andar” se puede advertir en el uso de la expresión “andar con Dios”, que se refiere al contacto permanente y secreto del alma con su Dios (Lacy).

Debe tomarse muy en cuenta que estamos rodeados de compañeros no salvados, que a cada paso nos tientan con sus costumbres mundanas, que todas las influencias imaginables nos incitan a volver a la antigua forma de vida (Erdman) y que esa vida es sumamente vergonzosa, malvada y dañina, como pasará ahora a exponer el apóstol.

“Que andan en la vanidad de su sentido”. La traducción exacta de “sentido” es “mente” (nous). “Mente” no se refiere sólo al intelecto, sino también a la facultad de discernir la verdad moral y espiritual” (Erdman), mientras que el “entendimiento”, que es el resultado de la acción de la mente, incluye los pensamientos, sentimientos y deseos, de modo que la expresión usada aquí por Pablo incluye toda la naturaleza moral y espiritual del mundo pagano. La expresión es un hebraísmo, por lo cual denota el concepto hebreo de la unidad del hombre. Por eso, al hablar de la mente se incluye lo que llamaban el corazón y los afectos, es decir al ser humano como una unidad. Este sentido se aprecia bien en la expresión: “Creer de corazón”.

Este andar, lo que hemos llamado “comportamiento” interno, de los gentiles, y de todos los no redimidos, se caracteriza por la “vanidad de su mente”, es decir, por su mente vacía, sin valor, sin vida, lo que produce una vida vacía, todo lo que la llena no tiene ningún valor: No creen, estrictamente hablando, en Dios (el Dios de la Biblia, el único vivo y verdadero) y si profesan alguna creencia religiosa, esa creencia es sólo el fruto de la propia mente humana, es una ilusión, no tiene realidad, es una clase de idolatría explícita o implícita. Esto conduce a una completa falta de esperanza más allá de esta vida. Para ellos todo termina en la obscuridad de la muerte. De ahí que esa vaciedad (o vanidad) les lleve a participar con avidez de los goces carnales y de los placeres mundanos, porque uno se puede morir en cualquier momento y con eso se acaba todo. Esto explica el por qué de la conducta desordenada de la mayoría de los seres humanos, conducta que ni las más evidentes consecuencias desastrosas del pecado logran reprimir, como es el caso, por ejemplo, con el alcoholismo, el tabaquismo, la drogadicción, la fornicación y el adulterio, la avaricia, el egoísmo, etc.

Esta desenfrenada búsqueda del placer momentáneo no logra nunca ser satisfecha, por eso se dice que se trata de una mente vacía de Dios y de la verdad, que resulta también en una vida vacía, sin sentido, que lleva inexorablemente al hastío, a la insatisfacción permanente. Esta es una realidad tanto en relación con los antiguos paganos como con los modernos incrédulos. (En agudo contraste, el cristiano verdadero llena su alma y pone toda su fe y esperanza en la realidad incommovible de lo que está más allá de esta vida y esto le satisface plenamente).

Versículo 18:

“Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón”.

“Teniendo el entendimiento entenebrecido”. En Romanos 1: 21b, Pablo dice: "se desvanecieron en sus discursos y el necio corazón de ellos fue entenebrecido". Aquí va más a fondo: sus discursos (o razonamientos) se hicieron vanos y también la propia razón (que al ponerse en acción genera el entendimiento). Esta razón continúa siendo vana en los incrédulos. **“Entendimiento en tinieblas”** significa que está lejos de la verdad, que toda su sabiduría es ilusoria, irreal y esto porque la razón misma está envuelta en

tinieblas, por lo que las facultades mentales y morales son incapaces de concebir una forma de vida verdaderamente buena y digna, ni de inducir una conducta razonable. La adoración de algo tan degradado y degradante como los dioses paganos y la práctica de vicios tan detestables y ruinosos como vemos a cada paso, ilustran el estado de tinieblas que envuelve al entendimiento humano apartado de Dios. Por eso reina universalmente lo superficial y frívolo, la ceguera moral y espiritual y la perversidad.

Nuestro mundo actual también evidencia estas tinieblas. El hombre se jacta del poderío alcanzado por su Ciencia y Tecnología, pero al mismo tiempo que esto produce un espectacular avance material, no hay modo de prevenir la decadencia moral, ni males ominosos que se ciernen sobre el mundo: la acumulación desorbitada de riquezas en unos pocos países y personas, al lado de la miseria espantosa de naciones enteras que ven morir de hambre a miles de sus ciudadanos, especialmente niños y ancianos, o la pobreza más degradante en los barrios bajos de las grandes ciudades con sus rascacielos, hoteles de lujo y palacios de la gente rica, sin que se divise ni remotamente una solución o que la mente humana sin Dios sea capaz de idear y realizar mejores relaciones. Esta situación se agrava por el hecho de que en el pasado la corrupción que derribaba poderosos imperios era siempre un fenómeno local, mientras que ahora, a causa del progreso tecnológico en las comunicaciones, toda corrupción se hace universal por el contacto estrecho entre todos los seres humanos, como si todos vivieran uno al lado del otro en un mundo sumamente pequeño. Esto es una muestra muy evidente de las tinieblas en que se debate la mente humana natural. Otro ejemplo de ello, entre muchos, es el avance tecnológico que en manos de entendimientos entenebrecidos produce armas capaces de destruir toda la tierra o industrias que contaminan el medio ambiente hasta poner en peligro la existencia misma de la humanidad. Bien se puede decir que el hombre natural “ha ganado el mundo, pero ha perdido su alma” ¡Cuánta razón tenía nuestro Señor cuando dijo “Yo soy la luz del mundo”! Aparte de esa luz todo es tinieblas y en medio de ellas el mundo ni siquiera sabe si vale la pena vivir, ni adonde se encamina.

“Ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón”. Todas estas ideas: “entendimiento entenebrecido” o en “tinieblas”, “ajenos de la vida de Dios”, “por la ignorancia que en ellos hay” y “por la dureza de su corazón” se relacionan lógicamente y teológicamente así: todo tiene una causa primera o más profunda: la dureza del corazón, que es una causa moral. Esta dureza produce tinieblas en el entendimiento. Estas tinieblas son la causa de la ignorancia de los incrédulos y por causa de dicha ignorancia están ajenos de la vida de Dios.

De modo que la causa profunda es el endurecimiento o “encallecimiento” (que es el sentido exacto del término que usa Pablo) del corazón. Ya vimos que “corazón” se refiere al ser humano en su unidad y totalidad, de modo que incluye el sentido moral. El endurecimiento no es, entonces, una fatalidad, algo completamente involuntario, sino una elección voluntaria, un acto moral. Es verdad que por el pecado original la naturaleza humana se corrompió totalmente, pero a pesar de ello, Dios se da a conocer de algún modo a todos los seres humanos, en la naturaleza y en la conciencia, a lo menos:

“Para que buscasen a Dios, si en alguna manera, palpando, le hallen, aunque cierto no está lejos de cada uno de nosotros, porque en él vivimos y nos movemos y somos...” Hechos 17: 27, 28:

“Si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, hinchiendo de mantenimiento y de alegría nuestros corazones” Hechos 14: 17;

“Porque lo que Dios se conoce, a ellos es manifiesto, porque Dios se lo manifestó, porque las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas, de modo que son inexcusables” Romanos 1: 19-20.

Pero lo no elegidos rechazan esa luz. Podrían recibirla, si quisieran, pero nunca quieren. Es como si sus ojos espirituales estuviesen cubiertos con una substancia opaca, que impide el paso de la luz. Que este rechazo es voluntario se nota claramente en pasajes como Juan 3: 19, 20:

“Y esta es la condenación: porque la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas, porque todo aquel que hace lo malo aborrece la luz y no viene a la luz, porque sus obras no sean redargüidas”;

y Romanos 1: 28:

“Y como a ellos no les pareció tener a Dios en su noticia, Dios los entregó a una mente depravada, para hacer lo que no conviene”.

Este rechazo voluntario es lo que aquí se llama “endurecimiento del corazón”. Este corazón es tan duro que no permite que la luz espiritual penetre en él, rechaza tenazmente toda la información y los impulsos que provienen de la declaración de Dios.

Todo hombre natural rechaza la luz. La luz no puede abrirse paso por sí sola. Hay que abrir el ojo espiritual primero y eso es lo que hace el Espíritu Santo cuando regenera a un elegido. Sólo entonces el corazón quiere, voluntariamente, recibir la luz de Dios.

Ahora bien, como este corazón duro no permite que la luz de Dios haga impresión alguna en él, todo lo que hay en él está en tinieblas espirituales. Su Dios es el “dios de este siglo”, quien le “ciega el entendimiento”:

“En los cuales el dios de este siglo cegó los entendimientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la lumbre del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” II Corintios 4: 4,

por lo cual no puede tener una idea clara de las cosas espirituales, no piensa con claridad en ellas, ni le interesa entenderlas, La más notable experiencia de cambio profundo por la conversión de un ser íntimamente conocido y amado puede producir en el incrédulo una admiración entusiasta, pero le deja totalmente frío en lo que atañe su propio estado de incredulidad, corrupción espiritual y condenación.

Como el entendimiento de los incrédulos está en tinieblas, su resultado es ignorancia: NO CONOCEN A DIOS. Esta es la peor acusación que se puede hacer a los paganos y a los incrédulos de todos los tiempos. Esta ignorancia es profunda, muy arraigada y culpable, por ser voluntaria. No es casual o superficial. Decididamente hacen a un lado todo lo que Dios les comunica, por lo cual ignoran todo respecto a Dios, aun lo más evidente, como, por ejemplo, que Dios es una persona con la cual podemos comunicarnos o que si a él le debemos la existencia, eso demanda de nosotros una devoción efectiva, manifestada en hechos y no sólo en un frío y superficial reconocimiento o, todavía, que nos ama con amor inmenso, a pesar de nuestra condición natural, caída y rebelde, etc.

Una y otra vez Pablo dice que la corrupción de los paganos y de todos los incrédulos, proviene de no conocer a Dios. Hasta la pureza de la iglesia es puesta en peligro por la presencia en ella de algunos que “no conocen a Dios”:

“No erréis: las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. Velad debidamente y no pequéis, porque algunos no conocen a Dios para vergüenza vuestra hablo” I Corintios 15: 34, 35.

Del paganismo del pasado Pablo dice que fueron tiempos de ignorancia:

“Empero Dios, habiendo disimulado los tiempos de esta ignorancia, ahora denuncia a todos los hombres en todos los lugares que se arrepientan” Hechos 17: 30.

Aún ahora, a la plena luz del evangelio y de las Sagradas Escrituras, hombres de elevado intelecto dicen que si Dios existe, es inconocible (agnosticismo), lo que revela ignorancia similar, porque esta afirmación no es más que un caso particular de su posición general de que nada podemos conocer con certeza.

Esta ignorancia no es puramente intelectual, ni puede remediarse mediante simple conocimiento, porque brota de todas las facultades del ser humano, le es intrínseca: está en él (“la ignorancia que EN ELLOS HAY”).

De todo lo anterior se concluye que la ignorancia nunca será la fuente de la devoción verdadera, sino de lo contrario.

Esta terrible cadena de causas y efectos: dureza de corazón, entendimiento entenebrecido e ignorancia, culmina con un fruto muy amargo: “ajenos de la vida de Dios”.

Esta “vida de Dios” no es la vida que podríamos llamar “natural” y que Dios imparte, sino la vida eterna o espiritual, la vida que sólo puede recibirse por el nuevo nacimiento. De esta vida los paganos de la antigüedad y de los incrédulos de todas las épocas están completamente separados. No la comprenden, por su ignorancia y, por eso, no participan de ella. Es una alienación total. La única vida que merece plenamente ese nombre es la vida eterna y esa vida sólo Dios la da y la da únicamente a los que creen y reciben el evangelio. Los que no tienen sino vida natural existen, evidentemente, pero como un árbol seco o un cadáver y eso no es vida. Vivimos rodeados de esos cadáveres vivientes: sin gozo, con el corazón vacío, hastiados de un conocimiento vano, hundidos en la ignorancia que les lleva sólo a preocuparse de comer y beber, hasta que llegue el momento de morir como los irracionales.

“Ajenos de la vida de Dios” indica una posición objetiva de Dios hacia el hombre, más que una disposición interna o subjetiva del hombre hacia Dios. No es que el hombre se sienta lejos de, o no se interese en, Dios. Es Dios el que aparta de sí a los pecadores. El pecado mismo es la sentencia de extrañamiento: “Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3: 23). Debido a esta sentencia vagan lejos de Dios, como Caín:

**“... errante y extranjero serás en la tierra,
... He aquí me echas hoy de la faz de la
tierra y de tu presencia me esconderé y
seré errante y extranjero en la tierra”
Génesis 4: 12 y 14.**

No participan en absoluto de la luz de la vida que llena el alma de los que por fe en Cristo, viven en su amor.

Versículo 19:

**“Los cuales, después que perdieron el
sentido de la conciencia, se entregaron a
la desvergüenza, para cometer con avidez
toda suerte de impureza”.**

“Los cuales, después que perdieron el sentido de la conciencia”. El endurecimiento del corazón, que lleva a los incrédulos de cualquier época a ignorar a Dios, tiene esta consecuencia: la insensibilidad ante la voz de la conciencia, la insensibilidad moral, la pérdida de todo sentimiento religioso.

“Se entregaron a la desvergüenza”. Este es el resultado más terrible de lo anterior: la pérdida de la vergüenza, es decir, el abandono de toda moderación y regulación de la conducta, de toda reverencia a Dios. Es su

indicio seguro de ir precipitándose al infierno el llegar a la condición cuando no se considera mala y se alaba la inmoderación y se rechaza toda norma sana y pura de conducta o cuando nada es capaz de enrojecer las mejillas o cuando la maldad y la corrupción de todo orden se hacen tan familiares, que se toleran como normales. En tal caso basta que varíen ligeramente algunas circunstancias o que las pasiones se inflamen un poco más para que la caída sea completa.

Digan lo que quieran los modernos pensadores, sigue siendo verdad que el único fundamento firme, inteligente y permanente de moral es la fe en un Dios moral y espiritual. Cuando no se cree en el Dios único, vivo y verdadero que se revela en las Escrituras se vive exactamente como si no existiera, la moral se convierte en mera conveniencia y una persona puede ser honrada, modesta o buena porque le conviene serlo, no por considerarlo su deber para con el supremo Dios y en tal caso es muy fácil abandonar tal “buena” conducta o usarla nada más que como un disfraz que oculta una mala conducta externa mantenida cuidadosamente en secreto o una mente depravada, restringida únicamente por la conveniencia. Pero ¿para qué restringirse penosamente o enfrentar el temor de ser descubierto, si no hay que responder ante nadie y la muerte pondrá fina la existencia misma? La moral de conveniencia es irracional.

La vergüenza es un escudo que Dios nos ha dado, por su gracia, contra el pecado.

En la actualidad hay quienes defienden lo que llaman “nueva moral” o “moral de situación”, de la cual dicen que su única norma es el “bien” que una persona puede obtener para sí misma o para otra u otras mediante su conducta. Dicen que esta es una moral basada en el “amor” para sí mismo y para los demás. Basados en esto sostienen que cualquier conducta, incluso la fornicación o la infidelidad conyugal y hasta la “crueldad con los niños” (cita textual) pueden ser aceptables. Sólo se necesita imaginar situaciones o circunstancias en que esas conductas revelen “amor”. Personas de mente tan depravada buscan desesperadamente algunos ejemplos extremos que, desde su punto de vista, confirmen sus afirmaciones, pero ignoran o pasan por alto las consecuencias atroces a desastrosas para sí mismos y para los demás que tales conductas producen normalmente.

El apóstol se refiere ahora a las consecuencias prácticas horribles que produce la desvergüenza y se vale de hechos históricos innegables relativos al antiguo paganismo, hechos que la humanidad actual está repitiendo y superando por la misma causa que produjo aquella corrupción: su ignorancia de Dios.

“Para cometer con avidez toda suerte de impureza”. La idolatría, que expresaba su ignorancia de Dios, condujo al naufragio moral y dicho naufragio fue un juicio de Dios sobre aquellos paganos, porque mientras en tiempos ya antiguos entonces, hombres y mujeres habían exhibido conductas sobrias, virtuosas y enérgicas, que habían llevado a sus naciones a una cúspide de gloria, desarrollo y progreso, ahora se habían hundido en la indolencia, la inmoralidad sexual, la comodidad, la molición y otras malas conductas que ya habían llevado a Grecia a una total decadencia y harían lo mismo en el futuro con Roma. Las antiguas mujeres virtuosas, nobles esposas y dueñas de casa, que habían contribuido a la grandeza de esas naciones, habían sido

reemplazadas por las hetairas (o prostitutas) en la estimación e ideales de los hombres. (¡Cuánta práctica de prostitutas es luego adoptada por mujeres “decentes” en nuestros tiempos, como la minifalda, los labios pintados de un rojo llamativo o los pantalones ajustadísimos!). Un terrible comentario sobre esta frase se encuentra en Romanos 1: 22-32:

“²² Diciéndose ser sabios, se hicieron fatuos ²³ y trocaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible y de aves y de animales de cuatro pies y de serpientes, ²⁴ por lo cual también Dios los entregó a inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de suerte que contaminaron sus cuerpos entre sí mismos; ²⁵ los cuales mudaron la verdad de Dios en mentira, honrando y sirviendo a las criaturas antes que el Criador, el cual es bendito por los siglos. Amén. ²⁶ Por esto Dios los entregó a afectos vergonzosos, pues aun sus mujeres mudaron el natural uso en el uso que es contra naturaleza ²⁷ y del mismo modo también los hombres, dejando el uso natural de las mujeres, se encendieron en sus concupiscencia los unos con los otros, cometiendo cosas nefandas hombres con hombres y recibiendo en sí mismos la recompensa que convino a su extravío. ²⁸ Y como a ellos no les pareció tener a Dios en su noticia, Dios los entregó a una muerte depravada para hacer lo que no conviene, ²⁹ estando atestados de toda iniquidad, de fornicación, de malicie, de avaricia, de maldad; llenos de envidias, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, ³¹ necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia, que habiendo entendido el juicio de Dios que los que hacen tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, más aún consientes a los que las hacen”.

Nótese cómo las conductas mencionadas en los versículos 26 y 27 se repiten hay devastadoramente y cómo se trata de conductas indefendibles desde un punto de vista “natural” o, más bien, racional.

La expresión: “para cometer... toda suerte de impureza” puede traducirse más literalmente: “para comerciar o traficar con toda inmundicia”, es decir, que el idólatra y pagano y, en general, los incrédulos, se caracterizan frecuentemente por pensamientos desvergonzados y por un lenguaje obsceno. Este rasgo tan común en los incrédulos es, y debería ser, particularmente aborrecible para los verdaderamente nacidos de nuevo, porque uno de los cambios externos que deben caracterizarle es el abandono total del lenguaje obsceno, como resultado de la limpieza de mente y corazón obrada por el Espíritu Santo en los regenerados. Esta mente desvergonzada y lenguaje obsceno se muestra como rasgo muy común de los incrédulos en el arte moderno: en la danza, la pintura, la música cantada y muy especialmente en la literatura, teatro y cine de una sociedad secularizada, sin Dios. Cuán generalizada es esta conducta en los incrédulos se aprecia claramente en lo que escriben o dibujan en las paredes, baños, respaldo de los asientos de los buses, etc. Es el resultado natural de la falta de principios morales efectivos y de conciencia religiosa. La conciencia no logra hacerse oír, por lo cual multitudes se entregan a la sensualidad más grosera. Su mente se ejercita en idear e imaginar placeres sensuales cada vez más refinados en su depravación y muchos se esfuerzan y buscan la ocasión de ponerlos en práctica, de donde resultan actos que a veces hacen temblar y horrorizarse hasta a los mismos incrédulos. Testigo de que no exageramos, son, por ejemplo, los ataques de los pedófilos a pequeños de uno o dos años de edad.

El hombre sin Dios suele entregarse a las pasiones instintivas con un frenesí y avidez que les hace perder hasta el respeto de sí mismos después de haber perdido toda reverencia o temor de Dios. Llega a ser como si el negocio de su vida fuera la inmundicia. Esto se expresa con el término “avidez” de este versículo. Algunos lo traducen “ansia” y “codicia” es un sinónimo. El término del original es, literalmente, “avaricia”. La idea es que los deseos sensuales son insaciables. Debido a que los placeres sensuales a los que se entrega nunca le satisfacen plenamente, el incrédulo se encuentra comprometido generalmente en una búsqueda continua de placeres cada vez más intensos, sin que logre jamás sentirse plenamente satisfecho. Es como si alguien pudiera comer y comer sin sentirse jamás saciado o beber sin tasa, sin calmar nunca su sed. Por eso la palabra “avaricia”, el deseo insaciable de tener siempre más, como fin en sí mismo, expresa bien este rasgo tan generalizado en los paganos e incrédulos.

El Nuevo Testamento une indisolublemente la avaricia con la inmundicia. Parece que no se puede ser avaro sin ser también inmundo. Fueron los principales vicios del paganismo, de los cuales Pablo exhorta a apartarse (5: 3) y esa exhortación es especialmente pertinente en nuestros días para todos los que profesamos haber nacido de nuevo y muy especialmente para los recién convertidos y para los jóvenes. Es común ser testigos en el trabajo y en los colegios, y cuando se tiene oportunidad de oír las conversaciones de los incrédulos, cómo sus pensamientos y deseos giran en torno a la fiesta del fin de semana, que para ser satisfactoria debe incluir, a lo menos, abundante alcohol y estímulo (y, a menudo, satisfacción) sexual. Es muy frecuente en muchos lugares oír a grupos de personas de ambos sexos a las seis o siete de

la mañana de un domingo regresar de una de esas “fiestas” ebrios, riendo, golpeándose, vomitando, riendo y cantando a voz en cuello, estúpidamente, sin respeto por nada y por nadie. A eso suelen llamarlo: “vivir o gozar la vida”. ¡Qué contraste debe existir con la paz, el contentamiento y la satisfacción plena, sana y permanente que el Señor da a sus hijos verdaderos, redimidos por la sangre del Cordero de Dios! ¡Si esos pobres paganos pudieran comprender que su vida es un naufragio y que Dios les ofrece algo infinitamente mejor y más realmente satisfactorio que esos placeres sensuales! Nuestra es la tarea de decíselos y de hacérselos ver y sentir con nuestra conducta y de orar con amor y dolor por ellos. Por esto, entre otras consideraciones, es tan doloroso cuando creyentes caen en fornicación, adulterio y otras formas de disolución: es como decirles a los náufragos paganos que el evangelio tampoco es capaz de librar de esa loca carrera de condenación.

Los pecados carnales son inseparables de la idolatría (Números 25: 1-2; Éxodo 32: 3-6, 19; I Corintios 10: 7). La razón es que la idolatría proviene del culto de la naturaleza, algo que está volviéndose recientemente popular en nuestros días, principalmente por la influencia panteísta oriental y también del panteísmo modernista encarnado en el ecumenismo. Como en dicho culto no se encuentra, posiblemente ideales superiores a la fuerza y a la belleza, “el hombre deifica sus inclinaciones carnales, adora en ellas las fuerzas generadoras de la naturaleza y no solamente excusa las más vergonzosas inmundicias, sino que se entrega a ellas como a actos de su culto mismo. La mayor parte de las fiestas religiosas de la antigüedad no tenían otro sentido” (Bonnet y Schroeder). Por esto la idolatría pagana de la antigüedad incorporaba el vicio sexual a la religión y éste era practicado con toda clase de excesos monstruosos, lo cual terminó por devorar la energía de grandes pueblos.

Así también vemos ahora que ocurre en las grandes ciudades, con impudicia abierta e irrefrenable y, sin duda, con los mismos desastrosos resultados, hasta el extremo de amenazar con la extinción completa de naciones enteras, porque Dios retira su gracia a los idólatras, que de este modo reciben desde ya el juicio divino por su nefanda conducta en la forma de una espantosa ceguera, que les incapacita por completo para darse cuenta del resultado final de su lascivia. Ni siquiera el juicio de Dios en la forma terrible del SIDA es capaz de hacerles reaccionar y arrepentirse. En vuelo de Miami a Cali, el 28 de junio de 1993, debimos sentarnos al lado de un hombre en la zona de fumadores, por no haber más lugar en el avión. Mi esposa le preguntó: ¿Por qué fuma? No lo sé, pero soy muy feliz fumando, fue su respuesta. Esa es la ceguera que embarga al incrédulo como juicio de Dios sobre él.

La “avidez” o “avaricia” con que los paganos de todos los tiempos se entregan a la inmundicia es, al fin y al cabo, idolatrarse a sí mismos, autodeificarse. La pasión dada por Dios para amarle y servirle se centra sólo en la satisfacción de los apetitos y se convierte en una brasa ardiente en el alma de los que no conocen a Dios. Les hunde en la indulgencia sensual, pero también les lleva a amontonar riquezas como fin en sí mismo (no como un medio para otro objetivo, sino por sí mismas, por la voluptuosidad de tenerlas), hace naufragar toda pureza, les lleva a buscar, obtener, conservar y aumentar el poder a cualquier precio, a pisotear a engañar y a mofarse de los simples. Así, existen los que obtienen y conservan un trono a costa de torrentes de

sangre; políticos que obtienen el poder con la adulación y la demagogia, valiéndose de su habilidad para convencer y maniobrar para su propio provecho; comerciantes, industriales y empresarios que destruyen a sus competidores valiéndose de formas inescrupulosas de actuar y aprovechándose del trabajo de miles de personas a las que no retribuyen en proporción a su esfuerzo. De este modo vemos a muchos esclavizados por los negocios o ansiosos de riquezas y orgullosos de ellas, que sacrifican a esa diosa su salud y descanso, su desarrollo mental y espiritual, su amor al prójimo, a la patria y a la familia. Todo eso se hace para alimentar el ídolo insaciable del yo, que usurpa el lugar de Dios en el corazón y les convierte en esclavos de sus deseos y en adoradores del falso dios que llevan dentro de sí mismos (Findlay).

Versículo 20:

“Mas vosotros no habléis aprendido así a Cristo”.

Los versículos 20 al 24 son una sola frase muy larga. En el versículo 20 expresa un contraste violento, como si a una persona le hubieran vendado la vista en tal forma que no llegara a sus ojos ni un rayo de luz, ni la menor claridad y, repentinamente, le quitaran la venda y lo expusieran a la luz radiante de un sol de mediodía, en pleno verano. Es el contraste entre la vida sin Dios del paganismo y la vida regenerada por el Espíritu Santo de los que están íntima y vitalmente unidos a Cristo.

En los versículos 17 al 19 se ha referido Pablo a los hombres de entendimiento entenebrecido y vida impura. Ahora habla de los que han sido lavados e iluminados. El verdadero discípulo de Cristo no puede seguir comportándose como un pagano, porque su ser más íntimo ha sido radical, sobrenatural y divinamente transformado. El que profesa ser cristiano y anda como los paganos pone en duda esa profesión, porque el recibir a Cristo en el corazón lleva a renunciar a los vicios paganos y a vivir una vida nueva, caracterizada especialmente por la santidad. Nótese que desde este punto de vista hay tres clases de seres humanos: los paganos, los cristianos que viven como Cristo quiere y los que profesan ser cristianos, pero siguen comportándose como los paganos. En este último caso, cuando la conducta pagana proviene de lo que hay efectivamente en el corazón, se trata de falsos cristianos, cristianos meramente profesantes, pero no nacidos de nuevo.

Pablo no dice simplemente que han creído” en Cristo, sino que han “aprendido” a Cristo. Algunos han pensado que “aprender a Cristo” es un modo de decir que conocen bien la doctrina cristiana, pero esto puede ser un simple ejercicio intelectual, una ortodoxia fría y verdaderamente muerta. Aprender a Cristo se refiere a una relación personal con Cristo mismo, pues repetidamente se habla en esta epístola de “conocer” a Cristo, de “oírle”, de “verle”. Aprender a Cristo es ser parte viva de él, como dice en Juan 15: 4:

“Estad en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto de sí mismo, si no estuviere en la vid, así ni vosotros, si no estuviereis en mí”.

Esto incluye conocer la doctrina de Cristo, saber quién y qué es Cristo y qué significa creer en él, pero no se limita al aspecto puramente intelectual del conocimiento. Es el hecho de que Cristo mismo, como persona y todo lo suyo, se haya hecho parte inseparable, irrenunciable de nuestro ser, de nuestra mente, sentimientos y voluntad (3: 17), es haber encontrado y haberse adueñado de “todos los tesoros de sabiduría y conocimiento que están en Cristo” (Colosenses 2: 3).

Esto requiere una fe de elevada calidad y para que la tengamos y crezca en nosotros, Pablo elevó la oración de 3: 14 a 20. Lo anterior debe traducirse en una comunión real y personal con el Señor. Es evidente que los que han aprendido así a Cristo ya no pueden vivir en la forma descrita en los versículos 17 a 19.

Versículo 21:

“Si empero lo habéis oído y habéis sido por él enseñados, como la verdad está en Jesús”.

“Si empero habéis oído y habéis sido por él enseñados”. Es una reiteración y ampliación de lo dicho en el versículo 20: “habéis aprendido...a Cristo”. No hay duda de que estos cristianos de Asia a los que enviaba la carta no habían oído personalmente a Cristo y, por lo tanto, tampoco habían sido enseñados directamente por él, como los apóstoles, por ejemplo. Lo que se quiere decir es que sabían lo que Cristo había dicho por medio de la enseñanza de los apóstoles y que la enseñanza recibida de ellos era genuinamente la enseñanza de Cristo. Cristo nos enseña de dos maneras:

Primero: por su morada en nosotros por su Espíritu, quien nos da el conocimiento de la verdad, por medio de su Palabra, guiándonos en su interpretación correcta y llamándonos e inclinándonos a hacer su voluntad, es decir, a poner en práctica la verdad que está en su Palabra; y

Segundo: por medio de sus siervos que enseñan lo que han aprendido de él. Naturalmente que ni nuestra interpretación de las Escrituras, ni la enseñanza de los siervos de Cristo es infalible, puesto que sólo Jesús es infalible y sus apóstoles sólo en cuanto escritores inspirados de la Biblia. La siguiente frase deja muy claro que sólo Jesucristo es infalible, por lo cual nadie puede pretender infalibilidades y quien lo haga es un impostor blasfemo, cuya locura los mismos hechos y sus contradicciones se encargarán de mostrar.

“Como la verdad está en Jesús”, y en nadie más, puesto que es él la revelación de Dios al hombre. Esto excluye a cualquiera que pretenda introducir “nuevas verdades o doctrinas”, que siempre serán doctrinas de hombres o de demonios. También excluye a cualquiera que pretenda ser poseedor exclusivo de la verdad, aparte de Jesús. Es notable que aquí Pablo use el nombre Jesús, pues lo usa relativamente poco en sus escritos. Pablo se refiere al Jesús histórico, al que llamamos “el Cristo de las Escrituras”, porque no tenemos ningún testimonio fidedigno de Jesús, sino el que nos proporcionan las Escrituras. Es un completo error la posición de los que dicen que Pablo inventó su propio Cristo, como resultado de su inspiración personal, su

experiencia y su reflexión teológica, como sostienen muchos teólogos apóstatas modernos, porque aquí condena precisamente el concepto de un Cristo abstracto, diferente del Jesús histórico, presentado en los evangelios. Sus referencias a las enseñanzas y sucesos de la vida terrenal de Jesucristo, aunque no muy numerosas, son suficientes para probar que las iglesias a las que escribió estaban bien familiarizadas con la historia de Jesús descrita en los evangelios canónicos. El concepto mismo que Pablo tenía de Jesucristo era vívido y muy realista. Era el mismo Cristo de Juan, de Pedro y de los evangelistas y no hay otro Cristo. Fue este Jesús histórico, real, el que revolucionó y aniquiló al corrompido mundo pagano, no con un nuevo sistema o credo, sino con hombres nuevos, redimidos de la iniquidad, nobles y puros, como hijos de Dios. Un Cristo abstracto puede presentar nuevos sistemas y credos, pero no puede hacer hombres nuevos.

De modo que esta “verdad que está en Jesús” se refiere a los hechos y enseñanzas de Jesús registrados en la Escritura. Es en este Jesús de Nazareth que “están encarnadas las verdaderas normas de vida, las virtudes, los motivos, la pureza, la santidad, que se espera que sus seguidores aceptemos, hagamos nuestras, reproduzcamos. El Cristo del evangelio es, en el sentido más pleno, el camino, la verdad y la vida” (Erdman).

Esto excluye a toda otra religión. Sólo este cristianismo centrado en el Jesús histórico es verdadero. Toda otra religión, incluso las cristianas con otro fundamento, son falsas. En este sentido, el cristianismo bíblico es exclusivo y excluyente y no debemos avergonzarnos de ello.

Especialmente, es falsa la religión de los modernistas o liberales y de otros “teólogos” y autoproclamados “eruditos” contemporáneos, que inventan su propio “cristo”, a la medida de sus deseos o pensamientos y con el fin de adecuarlo a los requerimientos del pensamiento del hombre moderno. Esos cristos no son ni la imagen de Dios, ni el verdadero Hijo del hombre, no redimen del pecado (más bien lo incentivan), no tienen un carácter ideal, no proporcionan dirección segura, ni tienen autoridad para el diario caminar y, a menudo, fracasan junto con la ideología que les dio origen. Por eso, los que inventan y enseñan tales “cristos” y los que les siguen permanecerán en la ceguera y vicios de los paganos, sin la luz del único Cristo verdadero, el de las Escrituras:

“ Mirad que ninguno os engañe por filosofías y vanas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo y no según Cristo, porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente y en él estáis cumplidos, el cual es la cabeza de todo principado y potestad” Colosenses 2: 8-10.

Sólo la verdad que está en Jesús nos puede librar de la clase de vida descrita en los versículos 17 al 19.

“Por tanto, la esencia de su enseñanza, en cuanto aplicada a los que lo aceptan como Señor, es ésta, a saber, que deben desechar las vanidades y vicios del mundo pagano y revestirse de las virtudes que corresponden a la vida nueva de santidad cristiana” (Erdman).

Hay todavía otro asunto que se plantea en relación con este versículo, el “si empero”, con que comienza. Es un condicional que podría indicar una duda en la mente de Pablo acerca de si los efesios hubieran sido efectivamente enseñados en la “verdad que está en Jesús”. Sin embargo ese no puede ser el caso, debido a la información contenida en Hechos 20: 18 a 35. Probablemente Pablo se expresa así porque fue en Efeso donde encontró discípulos de Juan el Bautista, creyentes en Jesús, pero cuyo conocimiento era muy defectuoso (Hechos 19: 1-7). Apolo era otro creyente de esta clase, a quien también encontramos en Efeso (Hechos 18: 24 a 26). Es posible que hubiera otros así entre los destinatarios de la epístola. Además de estos creyentes con una fe incompleta en Jesús estaban surgiendo los judaizantes, que enseñaban un legalismo fatal para la verdadera doctrina de Cristo (y que todavía sigue siéndolo) y también los gnósticos, que enseñaban una doctrina mística, de carácter ocultista. Pablo sabía que entre los mismos ancianos había no regenerados (Hechos 20: 29-30). Era la cizaña que Satanás estaba sembrando junto al trigo. Por lo tanto este “si” significa que el agudo contraste entre la clase de personas mencionadas en los versículos 17 a 19 y los redimidos por Jesucristo, de quienes se está hablando ahora, sólo es válido para los que efectivamente han nacido de nuevo: sólo ellos han oído y sido enseñados por Jesucristo.

Versículo 22:

“A que dejéis, cuanto a la pasada manera de vivir, el viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos de error”.

“A que dejéis, cuanto a la pasada manera de vivir, el viejo hombre”. Esto es lo que Jesús había enseñado. Todo el versículo se refiere a esas enseñanzas de Jesús.

La exhortación es muy clara: El viejo hombre es lo que somos por nacimiento o naturaleza, cuya conducta y estado se han descrito en los versículos 17 a 19. ¡Cuánto insiste la Palabra de Dios en la necesidad de hacer a un lado, de no comportarse más de acuerdo a esa vieja naturaleza!

**“Sabido esto, que nuestro viejo hombre juntamente fue crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho, a fin de que no sirvamos más al pecado”
Romanos 6: 6;**

**“En el cual también sois circuncidados de circuncisión no hecha con manos, con el despojamiento del cuerpo de los pecados de la carne, en la circuncisión de Cristo”
Colosenses 2: 11;**

“Mas ahora, dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, maledicencia, torpes palabras de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros,

habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos” Colosenses 3: 8-9;

“Por tanto vosotros también, teniendo en derredor nuestro una tan grande nube de testigos, dejando todo el peso del pecado que nos rodea, corramos con paciencia la carrera que nos es propuesta” Hebreos 12: 1;

“Pues que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también estad armados del mismo pensamiento: que el que ha padecido en la carne, cesó de pecado, para que ya el tiempo que queda en carne viva, no a las concupiscencias de los hombres, sino a la voluntad de Dios. Porque nos debe bastar que el tiempo pasado de nuestra vida hayamos hecho la voluntad de los gentiles, cuando conversábamos (vivíamos) en lascivias, en concupiscencias, en embriagueces, en glotonerías, en banquetes y en abominables idolatrías, en lo cual les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreamiento de disolución, ultrajándoos, los cuales darán cuenta al que está aparejado para juzgar a los vivos y a los muertos” I Pedro 4: 1-5; etc.

Notemos aquí tres hechos:

Primero: El viejo hombre del creyente verdadero fue crucificado, deshecho, muerto. Esto se refiere a la obra de redención y a la regeneración de los elegidos. No hay otro modo, ni otro poder que pueda producir esto;

Segundo: El Espíritu Santo, que mora en el redimido y regenerado, advierte, recuerda y da la alarma cada vez que somos tentados a comportarnos según el viejo hombre, según la naturaleza con la que nacimos y recibimos de nuestros antepasados, pero no son fuerza a resistir la tentación; y

Tercero: Este y otros pasajes muestran que tenemos que usar nuestra voluntad para resistir la tentación, porque de otro modo no tendría sentido que se nos exhortara, y hasta conminara, a no pecar. En nuestro nuevo nacimiento, que resulta del perdón de nuestros pecados y de recibir la vida eterna, nosotros no podemos hacer, ni colaborar en nada: es enteramente la obra de Dios, sin participación, ni cooperación alguna de nuestra parte. Nos limitamos a recibir o tomar, por la fe, el don gratuito ofrecido por Dios, quien hizo TODO lo que había que hacer para salvarnos. Hasta la fe que tenemos que ejercer para ser salvos es un don de Dios (2: 8). Pero en la vida nueva, que se inicia con el

nuevo nacimiento, tenemos que co-operar (actuar juntos) con el Señor. El poder para vencer la tentación y el pecado viene completamente de Dios. Sólo su poder puede darnos victoria sobre algo tan poderoso como es el pecado, pero nosotros tenemos que estar de acuerdo con él en que no debemos pecar; debemos tener una convicción arraigada en nuestro corazón acerca de lo malo y dañino del pecado para nosotros, nuestra familia, nuestro prójimo, la iglesia, las almas perdidas (que encuentran tropiezo para venir a Cristo a causa de nuestros pecados y caídas), pero, sobre todo un intenso amor a Dios debe prevenirnos del pecado, porque son una ofensa, sin causa, ni excusa posible, contra quien más nos ama, sin que encuentre en nosotros razón alguna para amarnos. Fue una convicción así la que libró a José, hijo de Jacob, de los requerimientos de una mujer impía, tentación que para cualquier joven como él, de unos veinte años de edad, sería irresistible (Génesis 39: 9).

Para que podamos dejar el viejo hombre, que se manifiesta en la pasada manera de vivir, necesitamos la fe en que Dios está con nosotros y nunca nos libraré indefensos e inadvertidos en las manos del pecado, ni permitirá que las tentaciones superen nuestra capacidad de resistencia:

“No os ha tomado tentación, sino humana, mas fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis llevar, antes dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis aguantar” I Corintios 10: 13;

“Sabe el Señor librar de tentación a los píos y reservar a los injustos para ser atormentados en el día del juicio” II Pedro 2: 9

y la firme actitud mental de que el pecar es inadmisibile para nosotros. Además necesitamos aprender a resistir al diablo:

“Mas él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Someteos pues a Dios, resistid al diablo y de vosotros huirá” Santiago 4: 6-7,

donde es notable que la victoria proviene de la humildad. Los soberbios no quieren doblegarse ni aun ante Dios y no están dispuestos a hacer frente, ni a renunciar al pecado, porque les parece que es rebajarse el obedecer al Señor y negarse a algo que les gusta o que estiman parte de sí mismos, de su manera de ser o, más aún, de su personalidad, como, por ejemplo, la ira.

También se requiere velar y estar alertas, conociendo nuestras debilidades, que Satanás usará siempre para envolvernos, tentarnos y arrastrarnos:

“Sed templados y velad, porque vuestro adversario el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devore.

Al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que las mismas aflicciones han de ser cumplidas en la compañía de vuestros hermanos que están en el mundo” I Pedro 5: 8-9.

Aunque el asalto de Satanás a nuestros puntos débiles se aplica a toda debilidad, tomemos en cuenta lo común que es que se valga de nuestro orgullo, de la susceptibilidad exagerada (que es sensibilidad más orgullo); de una atracción no sana hacia el sexo opuesto; de la avaricia; de la envidia; de la tendencia a hablar mal y demasiado; a criticarlo todo negativamente; a ser chismosos, murmuradores y enredosos; de la ira; de la frialdad y tibieza espiritual; de la irresponsabilidad e imprevisión; de la deshonestidad en el manejo del dinero y en los negocios; de la imprudencia; de la falta de amor a Dios y al prójimo; etc.

“Que está viciado conforme a los deseos de error” “Que está viciado” se refiere a que el viejo hombre u hombre natural es corrompido, está en una condición de corrupción y ruina avanzados y, más aún, está en un proceso continuo de corrupción:

“Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción” Gálatas 6: 8.

Esta condición es causada por “los deseos de error”, es decir por los deseos malos y por las pasiones pecaminosas, que seducen y engañan: prometen la dicha, pero en realidad producen miseria; ofrecen las mayores satisfacciones, pero traen destrucción:

“Y la concupiscencia, después que ha concebido, pare el pecado y el pecado, siendo cumplido, engendra muerte” Santiago 1: 15.

El pecado es sumamente engañoso: estimula el placer sensual y lo hace aparecer como muy deseable, exagera el orgullo, disfrazándose de libertad, poder, fuerte personalidad, pero convierte al ser humano en un esclavo despreciable hasta para sí mismo; hasta sabe usar la ley pura, santa y buena para incitar a su violación, convirtiendo sus prohibiciones en un estímulo para los malos deseos:

“Porque el pecado tomando ocasión, me engañó por el mandamiento y por él me mató” Romanos 7: 11.

El diablo es el engañador y autor del pecado. Recordemos cómo tentó y engañó a Eva: “No moriréis”; “serán abiertos vuestros ojos y seréis como dioses”. Así consiguió despertar un deseo prohibido, que llevó del engaño a la transgresión. El pecado es un gran fraude. Los seres humanos mantienen un precario equilibrio al borde del abismo de la perdición eterna y continúan hasta hoy alimentando su loca ambición por las riquezas materiales, por el brillo del poder y bebiendo “vino en tazones”, mientras buscan placeres sensuales cada vez más excitantes, con los ojos brillantes de codicia y el rostro iluminado y

risueño. Pero inevitablemente llegará el día en que un traspíe les precipitará irremediablemente a una condenación eterna, que es demasiado mala como para describirla, pero inequívocamente verdadera, o en que el suelo se hundirá bajo sus pies, dando fin a toda la falsa ilusión y al engaño del pecado. Entonces el rostro se llenará de terror indecible, de vergüenza inexpressable, de angustia y remordimiento sin término, ni esperanza, las riquezas resultarán ser puro polvo, el poder quedará reducido a cenizas y “la copa del placer arderá con el fuego del infierno” (Findlay). Sólo entonces el pecador se dará cuenta, pero ¡ay! demasiado tarde, porque ya nada podrá remediarse, que “sus deseos le engañaron y que fue tan loco como malo” (Findlay).

Permítame una digresión cualquier lector inconverso que pudiese leer estas líneas: Existe un solo modo de escapar de los deseos engañosos: “aprender a Cristo”, aprender no “acerca” de él, sino a él mismo. El viejo hombre u hombre natural puede ser muy educado y civilizado, aparecer muy decente y hasta ver bautizado e incorporado a una iglesia después, probablemente, de una “decisión” apresurada, superficial y fácil, y hacerse la ilusión de que es una nueva criatura, cuando su corazón permanece sin cambio alguno. Puede adquirir costumbres austeras, y negarse muchas cosas a sí mismo, pero lo que no hará es negarse a sí mismo; doblegarse bajo la convicción de lo inmenso de su pecado, para descansar en una confianza sincera y efectiva en los méritos de Cristo, en su muerte en la cruz por los pecados que él ha cometido; y abrir su corazón a Cristo, para recibirle como su propio Salvador y aceptar que muriera en su lugar; y entregarle su vida, para que Cristo sea el dueño efectivo de ella. Si hace esta será transformado desde adentro, verdaderamente.

Muchos de los deseos humanos son legítimos, pero debido a la corrupción inherente de la naturaleza humana, los mismos deseos llevan al pecador al exceso, a satisfacerlos equivocadamente (como, por ejemplo, a comer por el solo placer de comer, no por conservar y mantener el cuerpo en buenas condiciones de salud). Así los deseos engañan al pecador, haciéndole creer que, al satisfacerlos en mala forma, se está haciendo un bien, está disfrutando de la vida. Luego se verá el engaño de todo eso, como dije más arriba, y la corrupción que resulta. Por eso hay que despojarse del viejo hombre, que conduce a corrupción y ruina eternas.

Versículo 23:

“Y a renovaros en el espíritu de vuestra mente”.

Pablo pasa ahora a tratar el aspecto positivo de la enseñanza de Jesús. Nadie puede renovarse (hacerse de nuevo) a sí mismo. Puede reformarse, dominar parcial o temporalmente sus malas pasiones e inclinaciones, pero no puede regenerarse. Esta fue la objeción de Nicodemo a Jesús en Juan 3: 3-4:

“Respondió Jesús y díjole: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez no puede ver el reino de Dios. Dícele Nicodemo: ¿Cómo puede el hombre nacer,

siendo viejo? ¿puede entrar otra vez en el vientre de su madre y nacer?”

No hay duda de que un hombre de la edad, conocimientos y experiencia de Nicodemo no podía expresar esto en sentido literal. Su idea era que Jesús se refería a un cambio completo de manera de ser, de carácter y personalidad, lo cual creía completamente imposible y efectivamente es así para el hombre por sí mismo. Pero para Dios nada es imposible y él puede regenerar o renovar al hombre. En Juan 3: 5-6:

“Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”

Jesús afirma categóricamente que Dios, por su Espíritu, puede regenerar al hombre. Esta regeneración es la implantación de una vida nueva en el ser humano, vida completamente sobrenatural, que producirá desde el momento de su implantación un continuo conflicto interior con el viejo hombre, hasta que le derrote y haga desaparecer totalmente, sea cuando muramos, sea cuando vuelva el Señor y nos lleve para estar con él para siempre. Esta regeneración es obra del Espíritu Santo en todos los elegidos, sin mediar su conocimiento, ni su voluntad. En los niños elegidos que pertenecen al pacto es posible que esta regeneración se produzca en su temprana edad, tal vez al ser bautizados por padres que creen verdaderamente en las promesas de Dios, pero no se manifiesta en su conciencia hasta mucho después. En los adultos, la regeneración es simultánea con la conversión. Pero éste es el fundamento y el punto de partida de una renovación permanente, de un continuo rejuvenecerse. Así lo indica el tiempo del verbo usado en este versículo. El Salmo 103: 3-5:

“Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana tus dolencias, el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias, el que sacia de bien tu boca, de modo que te rejuvenezcas como el águila”

habla de este rejuvenecimiento permanente. Como en el versículo 22 se nos ordena despojarnos del viejo hombre, que es el hombre corrompido, cuya conducta fue descrita en los versículos 17 al 19, aquí la idea no es que seamos como era el ser humano antes de caer, sino que la conducta del hombre vaya siendo reemplazada continuamente por la del hombre nuevo, que el Espíritu Santo ha implantado en nosotros. Este pasaje es paralelo con Romanos 12: 2:

“Y no os conforméis a este siglo, mas reformaos por la renovación de vuestro entendimiento, para que experimentéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

El espíritu mencionado aquí es el espíritu humano, que se concibe como el fundamento o la fuente de nuestro pensamiento y voluntad, principalmente, aunque, evidentemente, estas facultades están indisolublemente ligadas también a nuestros sentimientos y emociones. Pensamiento, voluntad y sentimiento es lo que llamamos “mente”. Esta mente proviene del Espíritu que Dios nos ha dado y es su instrumento. Son esos pensamientos y voluntad los que deben renovarse permanentemente.

Vemos que el viejo hombre, con su pasada manera de vivir, se precipita, corre hacia una ruina completa. Pero el que ha sido renovado en Cristo va en dirección opuesta, hacia arriba, hacia Dios. “Su conocimiento y amor están creciendo siempre en profundidad, en refinamiento, en energía, en alegría. Así ocurrió al apóstol en su edad avanzada. Los frescos impulsos del Espíritu Santo, la revelación del misterio de Dios a su espíritu, el compañerismo de los hermanos cristianos y los intereses de la obra de la iglesia renovaban la juventud de Pablo como la del águila. En cuanto a edad y fatigas es viejo, pero su alma está llena de ardor, su intelecto es penetrante y vehemente: el “hombre exterior se va desgastando, empero el interior se renueva de día en día” (II Corintios 4: 16) (Findlay). ¡Cómo deseamos que cada creyente, especialmente los jóvenes, entiendan esto desde su más temprana edad!

Versículo 24:

“Y vestir el nuevo hombre que es criado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad”.

“Y vestir el nuevo hombre que es criado conforme a Dios”. El tiempo del verbo usado aquí indica un hecho ocurrido de una vez, no un proceso. El nuevo hombre que vestimos es de una nueva clase, una nueva creación:

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas” II Corintios 5: 17.

“Vestir el nuevo hombre” es vestirnos de Cristo (Romanos 13: 14), lo cual incluye nuestra regeneración y conversión y su consecuencia necesaria, nuestra santificación. Esto ocurre cuando le recibimos sincera y verdaderamente como Redentor nuestro, por haber creído en él como el Hijo de Dios o Dios manifestado en carne, y que murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación:

“Mas a todos los que le recibieron dioles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre” Juan 1: 12.

Así pasamos a ser hijos de Dios, miembros de una nueva humanidad, en la cual Cristo cubre y va destruyendo al viejo hombre. Entonces, la relación entre los versículos 23 y 24 es que la nueva naturaleza que se rejuvenece perpetuamente mediante la fuente de vida que está en Dios (versículo 23) tuvo en el mismo Dios su comienzo (o nuevo nacimiento). Es Dios mismo, no

nosotros, quien crea en nosotros la vida perfecta. Pero nosotros tenemos que apropiarnos, por la fe, y así adoptar, esa nueva vida, puesto que así como el versículo 22 nos exhorta a renunciar completamente al viejo hombre, así también tenemos que recibir y vestirnos con el nuevo, vale decir que vestirse de Cristo requiere una decisión de fe de nosotros.

“Conforme a Dios” quiere decir que sólo Dios puede realizar este milagro y que el ser humano no puede hacerlo por sí mismo de ningún modo, y también que el nuevo hombre es criado a la imagen de Dios:

Y revestídoos del nuevo, el cual por el conocimiento es renovado conforme a la imagen del que lo crió” Colosenses 3: 10.

Esta imagen que el hombre tuvo originalmente fue en parte destruida y en parte viciada o dañada por el pecado. Pero esa imagen que Adam tuvo originalmente era la imagen de Dios que encuentra su expresión en Cristo, eternamente. Igualmente es la nueva naturaleza de los regenerados. Pero esta imagen de Dios manifestada en carne que es Jesucristo, no es sólo aquella que es pura en su inocencia, sino la que se conserva pura, después de haber derrotado gloriosamente al pecado y el sufrimiento:

“Porque convenía que aquel por cuya causa son todas las cosas y por el cual todas las cosas subsisten, habiendo de llevar a la gloria a muchos hijos, hiciese consumado por aflicciones al autor de la salud de ellos”;

“El cual en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído por su reverencial miedo y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia y consumado, vino a ser causa de eterna salud a todos los que le obedecen” Hebreos 5: 7 a 9.

Así que el nuevo hombre lo vemos en la persona de Jesucristo, que vive en nosotros, si creemos verdaderamente en él, por lo cual estamos realmente vestidos de él. Pero también “caminamos en él”:

“Para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme a la carne, mas conforme al espíritu... Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él... Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó a Cristo Jesús de los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su

Espíritu, que mora en vosotros” Romanos 8: 4, 9, 11:

El haber recibido el Espíritu en nuestro ser interior tiene que ser seguido por la manifestación externa del carácter divino en nosotros, manifestación que debe ser visible tanto para los demás creyentes como para el mundo, como ocurrió con los apóstoles:

“Entonces viendo la constancia de Pedro y de Juan, sabido que eran hombres sin letras e ignorantes, se maravillaban y les conocían que habían estado con Jesús” Hechos 4: 13.

“En justicia y santidad de verdad”. El nuevo hombre es una creación divina y su desarrollo es obra del Espíritu Santo. Las características más prominentes de esta nueva criatura son la justicia y la santidad. Estas, junto con el conocimiento verdadero, fueron lo más esencial de la imagen de Dios en Adam y fueron completamente destruidas por el pecado. Por eso se requiere la nueva creación para restaurarlas. Nótese que cuando Zacarías, padre de Juan el Bautista, pudo volver a hablar después del nacimiento de su hijo y prorrumpió en un himno profético y gozoso, previó que exactamente estas serían las virtudes del Israel restaurado:

“Del juramento que juró a Abraham nuestro padre, que nos había de dar, que sin temor librados de nuestros enemigos, le serviríamos en SANTIDAD y en JUSTICIA delante de él, todos los días nuestros” Lucas 1: 73 a 75,

de modo que éstas serán las virtudes cardinales en el Milenio, cuando Cristo reine en la tierra y el pecado no pueda manifestarse externamente. Por esto debe ser un motivo preferente de nuestras oraciones que estas virtudes se manifiesten realmente en nosotros.

“Justicia” es conformidad con la ley divina, lo cual incluye primeramente dar a Dios efectivamente y luego a nuestro prójimo lo que les corresponde, aquello que tienen derecho a recibir de nosotros y que, por lo tanto, es nuestro deber darles. Esto se opone directamente al orgullo, que no quiere doblegarse, ni someterse a Dios, y al egoísmo, que nos hace ignorar lo que nuestro prójimo tiene derecho a recibir de nosotros, que no quiere dar, sino sólo recibir:

“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace que su sol salga sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos. Porque si amareis a los que os aman ¿qué recompensa

tendréis? ¿no hacen también lo mismo los publicanos? Y si abrazareis a vuestros hermanos solamente ¿qué hacéis de más? ¿no hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” Mateo 5: 43 – 48;

“Así que, todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos, porque esta es la ley y los profetas” Mateo 7: 12;

“Comunicando a las necesidades de los santos, siguiendo la hospitalidad... Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber...” Romanos 12: 13, 20;

“Pagad a todos lo que debéis...” Romanos 13: 7;

“Y si el hermano o la hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día y alguno de vosotros le dice: Id en paz, calentaos y hartaos, pero no les diereis las cosas que son necesarias para el cuerpo ¿qué aprovecha? Santiago 2: 15-16;

“Habiendo purificado vuestras almas en la obediencia de la verdad, por el Espíritu, en caridad hermanable sin fingimiento. Amaos unos a otros entrañablemente de corazón puro” I Pedro 1: 22;

“Mas el que tuviere bienes de este mundo y viere su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas ¿cómo está el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y es verdad” I Juan 3: 17, 18.

Justo es el que reconoce los derechos de los demás y les da lo que ellos tienen derecho a esperar de él. Para los redimidos, estos derechos y deberes están establecidos en las Escrituras. Evidentemente lo que debe caracterizar a una nueva criatura en Cristo es una justicia verdadera, no la que se exhibe ante la gente o se pregona verbalmente, mientras el corazón se rebela contra los mandatos de Dios, sino la que nace de un corazón sincero, que goza obedeciendo a su Señor.

El término que Pablo usa aquí (y también el sacerdote Zacarías en Lucas 1: 75) para “santidad” no es el que habitualmente emplea al comienzo de sus epístolas. En ese caso al hablar de santos quiere decir: “Dedicados y

apartados para el Señor”. En cambio, el que usa aquí significa: “Condición o disposición, conducta santa”. Lo primero es una posición en relación con Dios, lo segundo es la formación progresiva y creciente de un carácter, una manera de ser santa, que se goza en cumplir todos sus deberes con Dios. Mientras la justicia se refiere a una relación con la ley de Dios, la santidad mencionada en este versículo se refiere a una relación con Dios mismo, con su persona. Un hijo puede sentirse moralmente obligado a obedecer los mandatos de su padre, porque reconoce su derecho a mandarlo. Diferente es que le ame tanto que quiera ser en todo como él, aunque ni siquiera le dé órdenes. Esta es la diferencia entre justicia y la clase de santidad mencionada en este versículo.

También aquí es evidente que se trata de una santidad verdadera, en contraposición a la falsa, que se muestra tan frecuentemente, como, por ejemplo, en adoptar poses, actitudes o gestos que se estiman “santos”, como andar muy serios y escandalizarse de cualquier expresión de buen humor, insistir en que sólo vale la oración de rodillas; prohibir el uso de cualquier adorno o joya; insistir en que hay que usar sólo cierto tipo de vestuario o peinado y usar sólo colores oscuros o apagados en el vestuario, etc. La santidad verdadera es la que brota de una genuina actitud y convicción de corazón y se expresa no en palabras, vestimenta, ritos o ceremonias, sino en honradez, pureza, castidad, veracidad y todo lo que caracteriza a un cristiano verdadero y, muy especialmente, la reverencia y un amoroso temor de Dios, que es el principio de la sabiduría (Proverbios 1: 7) y que nos libra de la superficialidad que resulta del olvido o de no tomar en cuenta quién es Dios, de su gloriosa majestad, grandeza y omnipotencia; nos mantiene humildes, desconfiando completamente de nosotros, pero confiando plena y solamente en nuestro gran Dios y Padre; nos hace estar vigilantes contra toda frivolidad o apresuramiento en el hablar o actuar; y produce celo y valentía para desechar todo otro temor (Murray).

Tanto la justicia como la santidad son producidas por la “verdad que está en Jesús” (versículo 21), así como los deseos desordenados o malos son producidos por el error (versículo 22).

“Así, pues en contraste con las tinieblas espirituales y la impureza moral que lo rodea, el cristiano debe experimentar una renovación constante de mente y corazón y debe ir haciendo suya cada vez más plenamente una vida y carácter que sean a semejanza de Cristo y según la imagen y voluntad de Dios” (Erdman).

2.2 Vicios paganos y virtudes cristianas. 4: 25 a 5: 2.

Lo que en el párrafo anterior ha expresado Pablo en forma general pasa ahora a ejemplificarlo y a tratarlo en particular. En este párrafo el apóstol opone sistemáticamente a los vicios paganos las virtudes cristianas. Pero debe tomarse en cuenta que lo que importa aquí no es la enumeración de ciertos vicios y de las virtudes contrapuestas, vicios y virtudes que los moralistas paganos de todas las épocas han señalado, a veces con gran elocuencia. Lo característico de Pablo y del cristianismo en general es que no se limita a señalarlos, ni recurre sólo a la voluntad humana para vencer los vicios y practicar las virtudes, sino que señala la fuente de poder efectivo para hacerlo, poder que está al alcance, a disposición de los redimidos. Pablo dice que el

fundamento de todos los vicios es la rebelión, la separación de Dios y que el motivo que nos debe dar la victoria en la lucha contra los vicios y la práctica efectiva de las virtudes es la fe en Cristo.

Al dar la lista que sigue Pablo tiene indudablemente en cuenta que sus lectores acababan de salir del paganismo y que vivían rodeados de costumbres muy corrompidas, por lo cual las advertencias y exhortaciones que siguen eran especialmente necesarias. Pero lo triste del caso es que los vicios enumerados siguen siendo extraordinariamente comunes tanto entre los perdidos, como entre los que profesamos haber aceptado a Cristo como nuestro Salvador. El apóstol pone el acento sobre la necesidad de que exista una diferencia moral que separe a los creyentes de los paganos y su exhortación es a no volver a las costumbres del mundo pagano.

Versículo 25:

“Por lo cual, dejad la mentira y hablad verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros”.

“**Por lo cual**” relaciona esta orden con lo que acaba de decir: Debido a que la justicia y la santidad son fruto de la verdad, el hombre nuevo debe dejar definitivamente la mentira.

Según un diccionario, “mentir” es decir lo contrario de lo que se sabe, cree o piensa; inducir deliberadamente a error; falsificar algo; fingir; cambiar o disfrazar una cosa, haciendo que por las señas exteriores parezca otra; faltar a lo prometido; quebrantar un pacto.

¿Por qué comienza Pablo prohibiendo precisamente este pecado? Porque, en relación con el contexto general de la epístola, la mentira divide a los cristianos, porque genera desconfianza y no puede existir íntima unidad donde hay desconfianza y Pablo ha tratado extensamente en esta carta de la unidad de la Iglesia. Recordemos al respecto los versículos 3 y 15 de este capítulo: “Solícitos a guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz... Antes siguiendo la verdad en amor...” “La mentira debe ser enérgicamente desechada, porque atenta poderosamente contra la unidad de la Iglesia.

Sin duda, Pablo tenía además otras razones para exhortar a dejar la mentira antes que cualquiera de los otros pecados paganos. Una segunda razón puede ser que es especialmente repugnante para Dios, que es la” verdad, mientras que Satanás es el padre de mentira (Juan 8: 44) ¿Cómo mentiremos tranquila y habitualmente los que profesamos y en realidad somos hijos de Dios? ¿No se parece un hijo a su padre necesariamente?

En tercer lugar, la mentira, junto con la idolatría, la inmoralidad sexual y la deshonestidad en el manejo del dinero son los pecados más prevalecientes entre los paganos de todos los tiempos. Si hemos renunciado al paganismo ¿cómo seguiremos practicando sus maldades?

En cuarto lugar, la vida social del viejo hombre consiste en una serie de simulaciones, disimulaciones, falsas apariencias y engaños, que son parte de sus “deseos de error”. La mentira universal que subyace en toda impiedad e injusticia es, en último término, una negación de Dios. Pero nosotros somos “nuevas criaturas”, una nueva humanidad, en Cristo.

Lo dicho es confirmado por la forma como la Biblia condena la mentira, forma que subraya la aversión de Dios por ella:

“Mas a los temerosos e incrédulos, a los abominables y homicidas, a los fornicarios y hechiceros y a los idólatras Y A TODOS LOS MENTIROsos, su parte será en el lago ardiendo con fuego y azufre, que es la muerte segunda” Apocalipsis 21: 8;

“No entrará en ella ninguna cosa sucia o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están escritos en el libro de la vida del Cordero” Apocalipsis 21: 27;

“Mas los perros estarán fuera y los hechiceros y los disolutos y los homicidas y los idólatras Y CUALQUIERA QUE AMA Y HACE MENTIRA” Apocalipsis 22: 15.

Nótese que la posición en que se coloca la mentira respecto de los otros pecados nefandos en estos tres pasajes subrayan elocuentemente cuán mala es a los ojos de Dios.

Amado hermano o hermana, seguir mintiendo después de haber aceptado a Cristo no es un asunto de poca importancia. Si aún mentimos, necesitamos aferrarnos enérgicamente al Señor y hacer uso de toda nuestra fe y voluntad para vencer algo que nuestro Señor resiste tan fuertemente. Con nuestra mentira deshonramos al Señor que tanto sufrió por nosotros, hasta morir de la muerte horrible de la cruz, para que dejemos la mentira. “La verdadera religión produce gente que dice la verdad; la fe (o doctrina) sana produce una lengua honrada” (Findlay). “Ningún hombre sincero y honrado puede ser mentiroso” (Lacy).

Hay a lo menos tres razones para desechar la mentira:

Primero: por la excelencia de la verdad;

Segundo: porque Dios lo requiere; y

Tercero: por causa de los derechos del prójimo (la mentira no los respeta, por lo cual es una de las injusticias que el hombre nuevo debe dejar).

Hay que tener presente que mentira es todo lo que se dice o hace con el ánimo de engañar, de dejar una impresión falsa. Cuando no existe ese ánimo, lo que no corresponde exactamente a la verdad puede ser un error, equivocación o ignorancia, pero no es mentira o engaño. También es importante considerar que las palabras que se dicen pueden corresponder formalmente a la verdad, pero si se dicen con la intención de dejar o producir una impresión falsa, son mentira. Esto se puede hacer refiriéndose sólo a parte de lo ocurrido y callando lo fundamental o destacando intencionadamente algo inocente, para desviar la atención de lo que verdaderamente importa. Por ejemplo, si a un niño se le ha prohibido juntarse con otro, por ser una mala compañía, y él se junta con ese amigo y con otros y al ser interrogado acerca

de los niños con los que se ha juntado, menciona a todos aquellos con los cuales no le han prohibido juntarse, pero omite la compañía prohibida, puede autoconvencerse de que dijo la verdad, porque efectivamente estuvo con los niños que nombró, pero como su intención es ocultar que también estuvo con la compañía prohibida, ha mentido.

Por otra parte, puede decirse que algo que no corresponde a la realidad, pero que es una convención conocida por los interesados, como en el caso de las figuras literarias, las narraciones fantásticas, las fábulas, los chistes, etc., no es una mentira, porque en ninguno de esos casos se pretende engañar.

Debo decir, enfáticamente que no existen mentiras grandes o pequeñas, por necesidad, “blancas” o negras. Toda mentira es del diablo, es mala y debe ser enérgicamente evitada, con la gracia de Dios. Es parte de aquel pensamiento diabólico acerca de que el fin justifica los medios y que lleva a actuar engañosamente o a mentir para conseguir el objetivo deseado, que se estima bueno o santo, idear situaciones en que parecería imperioso mentir, por ejemplo, para salvar una vida, pero los que idean esas situaciones (y la mente humana es fertilísima en recursos de esta clase) ignoran que Dios es soberano y no permitirá que un hijo suyo se encuentre en esa situación y que, si su voluntad lo permitiera, debería estar dispuesto a dejarse martirizar y aún matar, antes que mentir, como efectivamente lo han hecho héroes de la fe tanto en tiempos antiguos como modernos. Además un creyente siempre podrá callar, si el hablar puede poner en peligro la vida o la seguridad de otros creyentes o personas.

Dentro de la mentira está también la declaración ufana de muchos abogados que dicen poder convencer que es blanco lo que es negro y viceversa. También hacen esto los modernistas o liberales, y los teólogos modernos apóstatas y los ideólogos de las sectas falsas con todas las doctrinas fundamentales de la Biblia. Para conseguirlo se valen de triquiñuelas y retuercen el sentido llano de lo escrito, manipulando mañosamente el sentido de las palabras e ignorando el contexto y la enseñanza general del escrito particular y de las Escrituras.

Una última consideración: no mentir no significa que deba decirse todo lo que se sabe sobre algo, si no se ha preguntado por ello o no estamos obligados a decirlo todo. La prudencia exige a veces callar parte de lo que sabemos, siempre que lo que digamos no deje una impresión falsa. No mentir no significa que, por no “tener pelos en la lengua”, vamos a herir los sentimientos ajenos o causar daño. Hay que pedir a Dios sabiduría para hablar y actuar, para que, sin mentir, podamos ser cuidadosos con los sentimientos y emociones ajenas; pero si no hay más alternativa, es preferible causar dolor, antes que mentir.

La Biblia sostiene una moral absoluta y no relativa o acomodaticia, como quieren los humanistas.

La parte positiva del mandamiento está tomada de Zacarías 8: 16:

“Estas son las cosas que habéis de hacer: Hablad verdad cada cual con su prójimo, juzgad en vuestras puertas verdad y juicio de paz”.

La parte negativa, de Zacarías 8: 17:

“Y ninguno de vosotros piense mal en su corazón contra su prójimo, ni améis juramento falso, porque todas estas son cosas que aborrezco, dice Jehová”.

Hablar la verdad es decir lo que corresponde a los hechos como realmente son, hasta donde nuestro conocimiento o capacidad alcanzan; es producir en los que nos oyen una impresión, sentimiento o pensamiento que corresponde efectivamente a lo que hemos experimentado, sea sentimientos, voliciones o pensamientos, a lo que hemos hecho o de lo que hemos sido testigos o de lo que creemos.

La exhortación a hablar la verdad se funda en lo enseñado en los versículos 20 al 24 y en la íntima unión que debe existir entre los verdaderos redimidos (versículos 16 al 25c). Esto se relaciona con un hecho general: la moral cristiana es la expresión práctica de la doctrina. La doctrina cristiana no es una mera elaboración teórica o abstracta, sino que se relaciona siempre estrechamente con la conducta. Nuestra conducta diaria y habitual debe ser el resultado de lo que creemos.

Cuando se dice que hablemos verdad con nuestro prójimo no se está usando el término “prójimo” en el sentido amplio que le dio Jesús en Lucas 10: 27-37, es decir, en la parábola del buen samaritano, puesto que la razón dada para decir la verdad es que “somos miembros los unos de los otros”. Sin embargo, la obligación de ser siempre veraces alcanza a nuestra relación con todo el mundo, aunque no se refiere a ella este pasaje:

“Mirad que ninguno dé a otro mal por mal, antes seguid lo bueno siempre los unos para con los otros y para con todos” (Tsalonicenses 5: 15);

“Y en el temor de Dios, amor fraternal y en el amor fraternal, caridad” (II Pedro 1: 7),

donde se diferencia el “amor fraternal” de la “caridad”, que es amor para todos. Esto es debido a que tenemos que amar a todo el mundo, aun a nuestros enemigos, y porque esto es parte del testimonio que debemos dar acerca de que somos realmente nuevas criaturas y no, de ningún modo, porque los creyentes en Cristo representemos una comunión que abarque en principio a todos los hombres, ni porque la raza humana sea una familia en Cristo.

En el pasaje considerado, decir la verdad está en relación con la íntima unión de los creyentes. Que un creyente mienta a otro es como mentirse a sí mismo, como que el ojo quisiera engañar a la mano o una mano a la otra. Nuestros hermanos tienen derecho a que les digamos la verdad, por lo cual esto es parte de la justicia verdadera, pero también es parte del amor fraternal, sin el cual la veracidad perfecta es muy improbable.

Notemos que efectivamente nos mentimos a veces a nosotros mismos, cuando queremos autoconvencernos de que algo no es tan malo como realmente es. Es evidente que si el verdadero cristiano debe decir la verdad a los demás creyentes, también debe tener el valor de decirse la verdad a sí

mismo en todo, puesto que, por muy malo que sea algo que nos ocurra, el Señor está de todos modos con nosotros:

“... he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” Mateo 28: 20,

y el Salmo 23.

Versículo 26:

“Airaos y no pequéis, no se ponga el sol sobre vuestro enojo”.

Airaos y no pequéis”. El hecho de que el apóstol use el imperativo no puede ser considerado como una orden para airarse y, por lo tanto, como una justificación para la irritación, el mal genio, la pasión incontrolada e incontrolable o la venganza. La construcción griega con un doble imperativo, como en este caso, equivale al condicional: “Si os airáis”. No es una orden, pero muestra que hay ira justa, que no toda ira es pecado y no podría serlo, porque el mismo Dios se aira:

“Porque haré estremecer los cielos y la tierra se moverá de su lugar en la indignación de Jehová de los ejércitos y en el día de la ira de su furor” Isaías 13: 13;

“Este también beberá del vino de la ira de Dios...” Apocalipsis 14: 10,

y muchos otros. También Cristo se aira

“... escondednos de la cara de aquél que está sentado sobre el trono y de la ira del Cordero” Apocalipsis 6: 16

y Mateo 23: 13 al 33, donde es evidente la exasperación creciente del Señor. En las cartas a los corintios y a Timoteo y más aún en la a los Gálatas, Pablo revela que él también se airaba.

El enojo, cuando está limitado por la rectitud, es un reflejo del odio y disgusto de Dios por el pecado y la injusticia, pero hay personas que aman tan poco a Dios o tan débiles de carácter que no son capaces de airarse justamente. En estos casos suele ocurrir que estas personas pueden experimentar una ira violenta cuando su orgullo es herido o cuando está en juego su honor, su voluntad (que en tal caso es capricho injustificado) o sus intereses materiales, pero son incapaces de experimentar ni la menor agitación cuando es la honra de Dios o el bien de su causa y de su iglesia lo que está en

juego. Una persona incapaz de sentir ira justa por causa del Señor tampoco tendrá energía para el bien.

Puede ocurrir también que las personas o la sociedad se acostumbren tanto a la injusticia y a la maldad y corrupción que pierdan toda capacidad de indignación justa.

Sin embargo, este sentimiento es muy peligroso en el hombre, debido a su debilidad e imperfección y muy vecino de lo malo. Aun la ira justa debe ser dominada enérgicamente, porque si se desata sin control llevará a los peores excesos y barbarie. El mejor ejemplo de ira justa, dominada para que no degenerara en pasión incontrolada es la purificación del templo por Jesús al comienzo y al fin de su ministerio terrenal:

“Y entró Jesús en el templo de Dios y echó fuera todos los que vendían y compraban en el templo y trastornó las mesas de los cambiadores y las sillas de los que vendían palomas” Mateo 21: 12;

“Vienen, pues, a Jerusalem y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo y trastornó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas” Marcos 11: 15;

“Y halló en el templo a los que vendían bueyes y ovejas y palomas y a los cambiadores sentados. Y hecho un azote de cuerdas, echólos a todos del templo y las ovejas y los bueyes y derramó los dineros de los cambiadores y trastornó las mesas; y a los que vendían las palomas, dijo: Quitad de aquí esto y no hagáis la casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me comió” Juan 2: 14 – 17,

donde se dice claramente cuán grande fue su enojo. Notemos la diferencia de su reacción contra los cambistas y contra los que vendían palomas: A los primeros les derribó las mesas y derramó por el suelo sus monedas; a los segundos les ordenó sacar las jaulas con sus palomas, porque habría sido una crueldad derribarlas. Estaba poseído de santa ira, pero no fuera de sí, mantuvo siempre su dominio propio.

La ira es justa cuando se experimenta sinceramente por causa de Dios y su obra o por causa de la manifestación horrible del pecado, pero deja de ser justa cuando nos hace actuar violenta o cruelmente o como personas malas por haber perdido el dominio de nosotros mismos.

La ira justa es muy vecina al pecado, en el ser humano, por lo cual hay que ser sumamente precavidos en relación con ella. Por eso Pablo agrega de inmediato: “no pequéis”. Si experimentamos ira, cuidémonos de que sea por

motivos justos (y nunca lo será si es por motivos solamente personales) y tengamos siempre presente la gran restricción: “no pequéis”. Si somos movidos por el sentimiento fortísimo de la ira, que sea por motivos que la justifiquen, pero aún así, seamos sumamente cuidadosos para no pasar de la ira justa a la pecaminosa, lo que siempre ocurrirá cuando perdamos el dominio propio y seamos cegados por ella. Nunca debemos olvidar que la ira es un estado mental muy peligroso. Por medio de ella, el diablo puede empujarnos a acciones y palabras incontroladas o sobrepasar los límites del amor, la sabiduría y la prudencia. Al respecto el Señor nos dice que es mejor sufrir una injusticia, antes que ser culpables de producir escándalo, sobre todo en los creyentes más débiles:

“Así que, por cierto es ya una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros mismos, ¿Por qué no sufrís antes la injuria? ¿Por qué no sufrís antes ser defraudados? Empero vosotros hacéis la injuria y defraudáis y esto a los hermanos” I Corintios 6: 7-8.

Véase cuán fuerte es a este respecto Mateo 18: 6, 7:

“Y cualquiera que escandalizare a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno y que se le anegase en el profundo de la mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos, mas ¡ay de aquel hombre por el cual viene el escándalo!”

Pero esto se refiere a lo personal. No puede ser usado para impedir la disciplina en la iglesia o para dejar que ella sea turbada o corrompida sin que hagamos nada. Este es el argumento usado por los apóstatas modernistas durante todo el siglo XX y que ha resultado en que todas las grandes denominaciones hayan caído en su poder. Sin embargo, cuando obtiene el dominio no les importa escandalizar y ni siquiera enviar a la cárcel o de perseguir implacablemente a sus opositores, si está en su mano hacerlo. Pero la disciplina de la iglesia no es asunto particular o personal, sino oficial de su gobierno establecido por Dios. Que esa disciplina es lícita y ordenada por Dios se ve, por ejemplo en I Corintios 5: 4, 5:

“En el nombre del Señor nuestro Jesucristo, juntados vosotros y mi espíritu, con la facultad de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para muerte de la carne, porque el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús”,

y en Timoteo 1: 20:

“De los cuales son Himeneo y Alejandro, a los cuales entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar”.

“No se ponga el sol sobre vuestro enojo”. Pablo enfatiza que su acento está en “no pequéis” y no en “airáos”, porque abunda más todavía en lo primero al agregar: “no se ponga el sol sobre vuestro enojo”. La palabra traducida “enojo” significa literalmente: “paroxismo”, “exasperación”, “exaltación violenta”. Si la ira ha llegado a ese extremo, debe apaciguarse rápidamente. Aunque la expresión “no se ponga el sol” es evidentemente figurada y se refiere al hecho de que no debemos permitirnos que la pasión intensa de la ira nos domine prolongadamente, es también verdad que el reposo del sueño durante la noche debería ser un sedante para nuestra exaltación y deberíamos preocuparnos, si amanecemos al otro día alterados todavía por la ira. En tal caso es sumamente probable que se trata de ira maligna y pecaminosa. En esto tenemos que ser como los niños, que olvidan rápidamente sus enojos. El que conserva largamente su ira y enojo se encuentra incluido en la lista horrible de Romanos 1: 29-32:

“Estando atestados de toda iniquidad, de fornicación, de malicia, de avaricia, de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, IMPLACABLES, sin misericordia, que habiendo entendido el juicio de Dios, que los que hacen tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, mas aún consienten a los que las hacen”.

Hay quienes en forma natural no pueden ser dominados prolongadamente por la ira, que en ellos es como un estallido que agota rápidamente toda su energía. Pero hay quienes van descargando lentamente esa energía, o tienen tanta, que permanecen airados por largo, y aún, larguísimo tiempo. Estas personas, si sin genuinamente cristianas, tienen que enfrentar una dura lucha consigo mismas y recurrir con tremenda fe y energía al Señor, que es el único que les puede librar de un sentimiento tan desastroso para sí mismas y para todos los que las rodean, especialmente sus más cercanos. La convicción anticipada de que esta ira es mala y la decisión general irrevocable, firme y anterior al estallido de la ira, de obedecer en todo a la Palabra de Dios, y esto en particular, será muy efectivo para dominarla, en el cristiano sincero. Si antes del estallido logramos orar para que el Señor nos libre, es seguro que no podremos airarnos sin control.

Versículo 27:

“Ni deis lugar al diablo”.

Si desoímos el mandato de no dejar que el sol se ponga sobre nuestro enojo, es decir, si continuamos airados hasta el otro día o aún más prolongadamente, por algo en que sentimos o pensamos que nos han tratado mal o que nos ha disgustado o irritado, le daremos ocasión al diablo para arrastrarnos al mal y pecar gravemente, a veces con gran injusticia nuestra, porque suele ocurrir que nuestros sentimientos o convicción mental de que nos han tratado mal son muy injustificados y se deben a lo engañoso que es nuestro corazón. El modo de no dar lugar al diablo lo dice Santiago, en 4: 6, 7:

“Mas él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Someteos pues a Dios, resistid al diablo y de vosotros huirá”.

Por este pasaje podemos darnos cuenta de que la ira, igual que muchos otros pecados, son resultado directo del orgullo, por lo cual el experimentar la muestra que no tenemos aquella humildad de corazón que el Señor nos exhorta a tener.

Como la ira es un sentimiento tan fuerte y devastador y, especialmente, tan involuntario, uno de los modos prácticos de vencerla es esta recomendación, o mejor, orden, de no dar lugar al diablo, de no permitir que la ira nos siga dominando por largo tiempo. Aquí hay que recordar destacadamente Mateo 5: 38-41:

“Oísteis que fue dicho a los antiguos: Ojo por ojo y diente por diente. Mas yo os digo: No resistáis al mal, antes a cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra y al que quisiere ponerte a pleito y tomarte tu ropa, déjale también la capa y a cualquiera que te cargare por una milla, vé con el dos”,

cuyo exacto sentido es que el rencor o el resentimiento, tan vecino, y a menudo causante de la ira, es tan malo, que sería preferible actuar como aquí se dice antes que dejarse dominar por él. Al respecto dice Findlay: “Dejemos de lado al término de cada día los disgustos del día, encomendando, al caer la noche, nuestras preocupaciones y penas a la divina compasión y pidiendo tanto para nosotros como para los que puedan habernos hecho daño, perdón y una mejor manera de actuar. Nos levantaremos con la luz del día siguiente armados con nueva paciencia y amor, para llevar al torbellino del mundo una sabiduría tranquila y generosa que nos dará la bendición de los pacificadores, que serán llamados hijos de Dios”.

Es muy posible que los iracundos se tapen los oídos y cierren voluntariamente su mente a todo lo dicho y continúen en su iracundia, pero recuerde cualquier hijo de Dios iracundo, cuya ira le lleva a actuar físicamente o de palabra en forma violenta, ciega e injusta, que si declara que cree que “toda Escritura es inspirada divinamente y útil para enseñar, para

REDARGÜIR, para CORREGIR, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra” (II Timoteo 3: 16-17), entonces debe reconocer que lo dicho es parte de esa TODA ESCRITURA y que debe decir que lo cree, pero también creerla de corazón y, por lo tanto, obedecerla. ¡Quiera el Señor que estas consideraciones ayuden, por el poder del Espíritu Santo, a que algún cristiano iracundo tenga más victoria sobre su mal genio!

Versículo 28:

“El que hurtaba, no hurte más, antes trabaje, obrando con sus manos lo que es bueno, para que tenga de qué dar al que padeciere necesidad”.

“El que hurtaba, no hurte más”. Literalmente dice: “El que hurta”, pero la forma verbal usada se refiere a una práctica habitual (correctamente expresada en castellano por “hurtaba”), que podía continuar o no todavía. La idea es, pues, que los que habían venido a Cristo, siendo ladrones, ya no debían delinquir más en eso y con mayor razón si todavía lo practicaban. Entre las muchas prácticas malas que el que se convierte a Cristo debe dejar figura obviamente el robo, la falta de honradez en las relaciones con sus semejantes. Digo obviamente porque hasta los que nos son salvos saben que esto es malo y lo condenan.

En relación con la falta de honradez debe tomarse en cuenta que el delito es mucho más amplio que el simple apoderarse por la fuerza u ocultamente de los bienes ajenos. Se incluyen en el hurto también: la falta de honradez en los negocios (engañar a uno o más socios sobre los verdaderos gastos o ganancias, para recibir mayores beneficios económicos; cobrar más de lo justo por una mercadería, en el cual caso se requiere mucha gracia de Dios y decisión de obedecerle, para apreciar honradamente cuál es la ganancia justa; engañar sobre la calidad, peso o medida de la mercadería; negocios fraudulentos: vender lo que no nos pertenece o no tenemos derecho de vender, falsificando firmas o haciendo declaraciones falsas; pagando con cheques sin fondos o falsos, etc.); mal uso de fondos encomendados a nuestro cuidado (Un hermano quedó a cargo de administrar los bienes de otro, que se fue al extranjero. Al rendirle cuenta, éste último exclamó: ¡Has cuidado de mis bienes mejor que yo! Al contrario, el gran avivamiento de principios del siglo veinte en Corea comenzó cuando el pastor de la iglesia más grande de Seúl confesó públicamente que un miembro le había encomendado antes de morir que administrara los bienes de su viuda, lo que hizo con capacidad. Pero pensó que era justo que se pagara a sí mismo por sus servicios, sin conocimiento de la mujer, por lo cual defraudó parte de las ganancias). ¡Cuán frecuentemente los juegos de azar y las apuestas conducen a esta clase de hurto! ; pagar salarios más bajos de lo justo y no pagar sueldo o imposiciones a los que trabajan para nosotros; no pagar y olvidar nuestras deudas; no hacer el trabajo, en cantidad y calidad, por el cual nos pagan; retener en nuestro poder objetos prestados (sobre esto es conveniente hacer una revisión cuidadosa de todo lo que está en nuestro poder: libros, utensilios, materiales de la iglesia o públicos, verificar si nos pertenecen legítimamente y en caso contrario, devolverlos de inmediato);

no pagar los impuestos o engañar respecto a su monto; fotocopiar libros u otro material impreso y copiar cassettes, videos, CD, que están disponibles en el mercado, aunque el derecho de autor en materiales cristianos puede ser también un robo, ya que es Dios el que da el don o talento para hacerlos y nos dice que demos de gracia lo que de gracia hemos recibido; usar el domingo para nosotros y no sólo para Dios; robar a Dios su gloria. Nótese que a menudo el robo y la mentira se asocian íntimamente.

Los que profesan que son cristianos y todavía hurtan, y hay muchos de ellos en toda congregación y reunión de creyentes, deben poner suma atención a I Corintios 6: 9-11:

“¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios? No erréis, que ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los robadores, heredarán el reino de Dios y esto érais algunos, mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios”.

¡En qué compañía se encuentran los que hurtan! A los hombres los podemos engañar, incluso fácilmente, pero jamás a Dios:

“Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme, has entendido desde lejos mis pensamientos. Mi senda y mi acostarme has rodeado y estás impuesto en todos mis caminos... Aún las tinieblas no encubren de ti y la noche resplandece como el día, lo mismo te son las tinieblas que la luz... De cierto, oh Dios, matarás al impío... Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón, pruébame y reconoce mis pensamientos y ve si hay en mí camino de perversidad y guíame en el camino eterno” Salmo 139: 1-3, 12, 19a, 23-24.

Tampoco hay que olvidar:

“Porque nos debe bastar que el tiempo pasado de nuestra vida hayamos hecho la voluntad de los gentiles, cuando conversábamos en lascivias, en concupiscencias, en embriagueces, en glotonerías, en banquetes y en abominables idolatrías. En lo cual les parece cosa extraña que vosotros no

corráis con ellos en el mismo desenfreamiento de disolución, ultrajándoos” I Pedro 4: 3-4;

“... todos hemos de estar ante el tribunal de Cristo... De manera que cada uno de nosotros dará a Dios razón de sí” Romanos 14: 10, 12; y

“Porque nada hay encubierto, que no haya de ser descubierto, ni oculto, que no haya de ser sabido” Lucas 12: 2.

Si el evangelio no ha hecho de nosotros personas honradas a cabalidad, no es falta del evangelio, sino de NUESTRO evangelio defectuoso, que en el momento de la muerte no nos prestará ningún auxilio.

“Antes trabaje, obrando con sus manos lo que es bueno”. Este es el espíritu del octavo mandamiento: no basta abstenerse de hacer lo malo, hay que hacer lo bueno.

Todo ser humano debe trabajar, si es capaz de hacerlo, porque tan mandamiento es “el séptimo día será de reposo para Jehová tu Dios” (Éxodo 20: 10), como “seis días trabajarás” (Éxodo 20: 9). El que no QUIERE trabajar, que tampoco coma (II Tesalonicenses 3: 10). Esto parece muy duro, pero es la voluntad de Dios para el bien de su criatura humana, porque el trabajo bien hecho produce felicidad, aparta de muchos pecados y tentaciones, conserva la salud, mantiene despierta la mente, da sentido a la vida y la alarga. Los padres que no les exigen a sus hijos que trabajen, cuando han dejado de estudiar y ya están en condiciones de hacerlo, sino que les siguen manteniendo por un mal entendido amor (que no es amor, sino consentimiento), les hacen un daño incalculable. Lo mismo ocurre con las esposas que tienen un marido haragán, por lo cual salen de su hogar a trabajar, para mantenerlo. En estos casos suele ocurrir que el perezoso recibe un alimento que no merece y también dinero para sus vicios. Como es muy difícil, humanamente, negarle a ese flojo el alimento, hay que pedir la gracia del Señor, para tener el valor de hacerlo, apoyadas en la convicción de que se les hace de este modo un positivo bien, mientras que lo contrario les daña gravemente. Tampoco debe darse dinero a los mendigos, que en una abrumadora mayoría no son dignos de esa ayuda y aún menos a los que andan engañando, si se trata de personas que pueden trabajar. No se requiere mucho discernimiento para descubrir a esta última clase de estafadores. En tales casos hay que procurarles trabajo, si es posible, lo cual, además, eleva en vez de rebajar a las personas. Un cubano, completamente borracho, llegó pidiendo ayuda a la iglesia “El Buen Samaritano”, de Miami. El pastor le dijo que había unos grandes troncos de árboles en el patio, que había que sacar y que si él lo hacía, tendría casa y comida mientras ejecutaba el trabajo. Era un trabajo durísimo, pero que requiere gran esfuerzo físico es uno de los mayores medios para desintoxicar a un alcohólico. Ese hombre realizó el trabajo, dejó de beber, se convirtió a Cristo y le conocimos trabajando como cuidador y mayordomo de la iglesia.

En relación con la obligación de trabajar, hay que tomar en cuenta que el no remunerado también lo es. Se olvida a menudo que el niño o el joven que estudia empeñosamente está cumpliendo el trabajo que le corresponde y más todavía, la dueña de casa que realiza con empeño y esmero (por amor) el cuidado de su casa, de sus tareas interminables y agobiadoras. El marido que realiza un trabajo remunerado fuera de casa, debe colaborar con ella. No basta que gane el dinero. Además, la esposa tiene derecho a disponer de ese dinero en una justa proporción. Es una desgracia que la vida moderna obligue a tantas esposas y madres a trabajar fuera de la casa por un sueldo y tal práctica es una iniquidad cuando se realiza sin absoluta obligación de hacerlo. En esta iniquidad se cae cuando se adquieren compromisos financieros superfluos o, a lo menos, no indispensables. Lo anterior no significa que la mujer deba ser esclava de la casa. Una actividad estimulante y diferente del cuidado de la casa, realizada moderadamente y sin desatenderla es muy provechosa para la armonía de la familia y la salud mental de la esposa.

La expresión: "con sus manos" obedece sin duda a que una abrumadora mayoría de los cristianos primitivos eran trabajadores manuales. Es evidente que la expresión se aplica a todo trabajo, incluso al intelectual.

Naturalmente que todo lo dicho se aplica al trabajo honrado. Todos deben trabajar juiciosamente en la labor honesta que les permita ganar en mejor forma su sustento y el de los suyos. Si los ladrones y estafadores ocuparan sus habilidades en trabajos honrados, probablemente trabajarían menos, indudablemente sin sobresaltos y sin temor y, en muchos casos, ganarían más a la larga, aunque las grandes ganancias que una actividad contraria a la voluntad de Dios, la ley y la moral pudiese producir no justifica realizarse. Este es otro ejemplo de cuán engañoso y rebelde es el corazón pecaminoso del hombre.

"Para que tenga de qué dar al que padeciere necesidad". Así se cumple la ley de Dios: Dando, en vez de hurtando. ¡Qué diferentes y superiores son los caminos que Dios requiere de los suyos respecto del hombre natural y los del mundo! El estímulo para el trabajo no debe ser únicamente el interés personal, que suele confundirse con el egoísmo, sino el deseo sincero y hasta intenso de ayudar al desvalido o al menos afortunado. Sin embargo, ¡cuán pocos piensan, sienten y actúan así sinceramente!

Como el hurto en cualquiera de sus formas se apodera ilegítimamente del fruto del trabajo de otros en provecho propio el motivo más elevado para el trabajo honrado debe ser el deseo de poder ayudar a los que están en necesidad y en esta ayuda debe primar antes que cualquiera otra consideración, el que reciban a Cristo, si no son salvos, porque los inconversos no pueden recibir mayor bien. Nótese que el apóstol no recurre al interés propio o al temor al castigo o a la satisfacción, y a veces orgullo, de un trabajo bien realizado, para estimular al trabajo honrado, sino al amor al prójimo. Esto es muy sabio, porque el utilitarismo, el deseo de automejoramiento y aun la aspiración a tener un hogar ordenado y bien provisto y a la respetabilidad pueden ser estímulos muy débiles, por comunes que sean. Incomparablemente superior es el estímulo del servicio desinteresado, en el que, para los nacidos de nuevo, se encuentra una satisfacción incomparablemente superior. Si examinamos cuidadosamente nuestra actitud verdadera respecto a esto, tendremos una medida inequívoca de los cerca, o de lo lejos, que estamos en

realidad de nuestro Señor Un matrimonio joven, con recursos económicos muy limitados, fue a comprarles zapatos a sus hijos a la entrada del invierno. Mientras lo hacían, observaron a una señora evidentemente pobrísima, que estaba comprando unas zapatillas de lona, que eran el calzado más económico, a un pequeño de unos cuatro o cinco años de edad. Se retiraban ya de la zapatería, cuando espontáneamente ambos empezaron a comentar cómo ese pequeño debería pasar el invierno con esos zapatos tan inapropiados, mientras que los suyos tendrían buen calzado para esa época del año. Decidieron regresar y le compraron también al pequeño unos zapatos como los que habían comprado a sus hijos. Al retirarse, no iban pensando en cómo harían alcanzar el dinero hasta el fin del mes. Lo que sentían era una inmensa felicidad que les embargaba por entero. (Tampoco les faltó lo indispensable).

El amor derramado en el corazón del redimido por el Espíritu Santo le permite darse cuenta que siempre hay alguien menos afortunado con el cual compartir lo que se tiene, por poco que sea, y si uno que profesa ser cristiano no tiene este sentimiento debe preocuparse seriamente de su condición espiritual, porque en tal caso hay algo radicalmente anormal en su vida.

En cuanto al dar al necesitado, hay que tomar en cuenta que debe darse con sabiduría y generosamente al que realmente necesita, porque hace mal dar al que puede sostenerse a sí mismo, o dar apresuradamente, sin esperar a que el necesitado haya hecho todo el esfuerzo personal posible para salir de esa situación, porque esto, aunque muy cómodo, le rebaja ante sí mismo, no le dignifica y resta recursos para atender a otras obligaciones necesarias. Tampoco es sabio, ni bíblico, dar a lo que pueden ser sostenidos por su propia familia. El egoísmo y maldad del corazón hace que muchos envíen a implorar la caridad pública, a mendigar, a parientes incapacitados. Es muy común que se quiera cargar a la iglesia con el sostén de tales familiares. Por eso dice Pablo en I Timoteo 5: 16:

“Si algún fiel o alguna fiel tiene viudas, manténgalas, y no sea grabada la iglesia, a fin de que haya lo suficiente para las que de verdad son viudas” (“las que de verdad son viudas” se refiere a personas completamente desvalidas, que no tienen quién las auxilie).

Cuando el necesitado tiene una familia que puede sostenerlo, es obligación de ésta hacerlo. No debe descargarse el peso sobre la sociedad, ni sobre la iglesia.

Versículo 29:

“Ninguna palabra torpe salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificación, para que dé gracia a los oyentes”.

“Ninguna palabra torpe salga de vuestra boca”. La palabra traducida “torpe” significa literalmente: “podrida”, en el sentido de mala, de mala calidad. ¡Qué manera tan gráfica de calificar tales palabras! Su sentido queda claro si

se considera que esta misma palabra la usa Jesús dos veces en Mateo 12: 33: “o haced el árbol CORROMPIDO y su fruto DAÑADO”, para referirse a un árbol que no sirve para nada y en Mateo 13: 48: “y lo MALO echaron fuera”, referida a pescados que no sirven para comer, por lo cual los pescadores los echan a la basura, no por estar podridos, sino porque no sirven. Por lo tanto no se refiere a obscenidades o palabras sucias o de doble sentido malicioso, lo que se llama comúnmente lenguaje impuro o soez, a las que se refiere Pablo más adelante en 5: 4 y también en Colosense 3: 8, pasajes en que emplea un término diferente. Lo que el apóstol condena es el hablar vano, inútil, la charla insubstancial, el hablar por hablar, que puede llegar a ser un verdadero vicio. Esto puede parecerse exagerado, pero recordemos lo que dice nuestro Señor en Mateo 12: 36:

“Mas yo os digo, que toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio”.

Solemos decir que “las palabras se las lleva el viento”, pero lo cierto es que lo que hablamos tiene gran importancia y produce efectos inmensos, tanto temporales y terrenales como eternos y celestiales o infernales, sea como instrumento de Dios o del diablo. Por eso dice también Jesús en Mateo 12:37:

“Porque por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado”.

Tal vez nunca habíamos reparado en esto, pero esta es la Palabra de Dios, que debemos amar y obedecer. Poseer un lenguaje es una gran responsabilidad, porque las palabras pueden hacer mucho bien o mucho mal, como dice Santiago en 3: 2-13, palabras que muchos borran de sus Biblias con su conducta, incluso quienes las leen y hablan de ellas:

“Porque todos ofendemos en muchas cosas. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, que también puede con freno gobernar todo el cuerpo. He aquí que nosotros ponemos frenos en las bocas de los caballos para que nos obedezcan y gobernamos todo su cuerpo. Mirad también las naves: aunque tan grandes y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde quisiere el que las gobierna. Así también, la lengua es un miembro pequeño y se gloria de grandes cosas. He aquí, un pequeño fuego ¡cuán grande bosque enciende! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. Así la lengua está puesta entre nuestros miembros, la cual contamina todo el cuerpo e inflama la rueda de la creación y es inflamada del infierno. Porque toda

naturaleza de bestias y de aves y de serpientes, y de seres de la mar se doma y es domada de la naturaleza humana, pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre y con ella maldecimos a los hombres, los cuales son hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, no conviene que estas cosas sean así hechas ¿echa alguna fuente por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede la higuera producir aceitunas o la vid higos? Así ninguna fuente puede hacer agua salada y dulce. ¿Quién es sabio y avisado entre vosotros? Muestre por buena conversación sus obras en mansedumbre de sabiduría”.

En lo dicho se incluyen también las palabras escritas. Findlay escribe: “¿Quién puede decir cuán grande es el daño, la pérdida de tiempo, la irritación, el debilitamiento mental y la disipación de espíritu, la destrucción del amor fraternal que produce el hablar (o escribir) sin pensar? El apóstol no sólo prohíbe las palabras injuriosas, sino todas las que no sean positivamente útiles. No basta decir: Mi cháchara no daña a nadie; si no es buena, tampoco es mala. Pablo dice a los tales: si no puedes hablar provechosamente, cállate hasta que puedas hacerlo. No se prohíbe el buen humor, sino el hablar por hablar, la lengua incontinente, el fluir incesante de palabras sin sentido, sin gracia, sin provecho para nadie. Tal clase de cháchara no debe salir de nuestra boca”.

“Sino la que sea buena para edificación, para que dé gracia a los oyentes”. El apóstol pasa ahora a considerar el lado positivo del asunto. Nuestras conversaciones deben edificar, es decir, deben ser ÚTILES PARA LOS QUE NOS OYEN y no deben buscar sólo servirnos a nosotros mismos, directa o indirectamente. “Cómo no hay nada más agradable que ser amado, el cristiano que ama más, agrada más. ¿Pero con qué fin? Aquí está el peligro de volver, por un rodeo, a agradarse a sí mismo” (Bonnet y Schroeder). El egoísmo natural debe convertirse en amor en el nacido de nuevo y de ese amor debe nacer el deseo de hacer el bien, en lo cual nuestro hablar desempeña un papel muy importante: ¡Cuán frecuentemente una palabra oportuna, llena de amor e interés efectivo por quien nos escucha calma una pena; consuela a un afligido; levanta el ánimo a un desalentado; instruye a un ignorante; comparte una experiencia, que nos ha costado mucho tiempo y dolor aprender, con el que no ha aprendido todavía esa lección; corrige a tiempo al que va deslizándose por una pendiente peligrosa o va saliéndose del camino recto o está en peligro de extraviarse; trae alegría y aun risa al de ánimo triste, amargo o abatido! Por eso la exhortación de Pablo no excluye el buen humor o las bromas, siempre que no hieran y sean oportunas:

“Así que, los que somos más firmes debemos sobrellevar las flaquezas de los flacos y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en bien, a edificación” Romanos 15: 1-2;

“Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo os conviene responder a cada uno” Colosenses 4: 6;

“El cuidado congojoso en el corazón del hombre lo abate, mas la buena palabra lo alegra...La sana lengua es árbol de vida, mas la perversidad en ella es quebrantamiento de espíritu...Alégrese el hombre con la respuesta de su boca y la palabra a su tiempo ¡cuán buena es!...Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene” Proverbios 12: 25; 15: 4; 23; 25: 11.

¡Cuánta necesidad tenemos de aprender esto!

Además nuestras palabras deben “dar gracia”. Esto se puede entender en el sentido de ser agradables a los que nos escuchan, pero por el contexto (“buena para edificación”) parece más bien que su sentido es que nuestras palabras deben comunicar una bendición espiritual que el o los oyentes no tenían antes de escucharnos. Este es el sentido de la oración del himno 255 (Himnario de la Vida Cristiana y Apéndice de El Himnario):

**“Hay corazones a tu alrededor,
Tristes, cansados, sin paz.
Dales consuelo que alivie el dolor,
Torna su llanto en solaz.**

**CORO : Hazme una fuente de bendiciones
Y que fulgure Cristo en mí. Hazme un
Hazme un testigo, te ruego, Señor
Y un fiel obrero de mi Salvador;**

y también el sentido de la exhortación del Himno 268 (El Himnario):

**Un raudal de bendiciones
Sed en tanto que viváis,
Animad los corazones
Por doquier que vayáis
Sed cual sol, salvad las vidas,
Que en la duda y el temor,
Vagan tristes y afligidas**

**Por los mundos del dolor.
Un raudal de bendiciones
Sed al débil; procurad,
De su vida las acciones,
Hacia el bien encaminar.
Al sediento en su agonía,
Fatigado en su labor,
Dadle el vaso de agua fría,
Que mitigue su dolor.
Sed raudal de bendiciones
Por doquiera que paséis,
Compartiendo de los dones,
Que por Cristo ya tenéis.
De la copa bendecida,
Que apuráis, al mundo dad,
Que es Jesús salud y vida
Y raudal de la verdad.
¡Manantial de bendiciones
Sed al mundo pecador!
¡Conducid los corazones
A Jesús el Salvador!
¡De qué honor, oh Dios, me vistéis!
¡Ser cual Cristo, mi Señor!
¡De las pobres almas tristes,
Ser un bálsamo de amor!**

Para que esto sea una realidad tenemos que aprender a hablar como Pablo nos dice en este versículo y apoyar nuestras palabras con nuestra conducta consecuente con ellas.

Versículo 30:

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual estáis sellados para el día de la redención”.

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios”. ¿Es posible entristecer al Espíritu Santo? Muchos filósofos y teólogos influidos por la filosofía del mundo dicen que es imposible, que Dios es demasiado grande y diferente y el hombre demasiado pequeño para que pueda producir tal efecto en Dios. Por eso, dicen, esto debe ser sólo un sentimiento humano atribuido ingenuamente a Dios. Pero la Biblia no deja lugar a dudas que Dios, y por lo tanto el Espíritu Santo, es una persona y como tal tiene las propiedades o características básicas de la personalidad entre las cuales está la de experimentar emociones. Los incrédulos y escépticos dicen que como los seres humanos somos personas, hemos ideado un Dios personal. La verdad es lo contrario: Dios nos hizo a su imagen y semejanza y dentro de esa semejanza está incluida la personalidad. Dios es como es, es decir, como las Escrituras dicen que es, y no como nosotros o los pensadores quieren que sea. Nada es más importante en el estudio de la Escritura que ir aprendiendo, intelectual y experimentalmente,

cómo es Dios realmente, aunque tenemos que comprender que su revelación necesariamente nos da una imagen alterada de él, como si le viéramos a través de un vidrio empañado o de mala calidad, que deforma la imagen, por estar dada esa revelación en palabras humanas, que son las únicas que podemos entender y también a causa de nuestra limitación. Sin embargo, esa imagen deformada corresponde a la realidad que nos revela o da a conocer. Si miramos algo a través de un vidrio de mala calidad veremos una imagen deformada de lo que está al otro lado del vidrio, pero de todos modos esa imagen corresponde a lo que está realmente al otro lado.

“Ahora vemos por espejo, en obscuridad...” I Corintios 13: 12.

El Dios que se revela en las Escrituras, quien es el único verdadero, no es un Dios impasible e inalcanzable en su inmensidad y totalmente ajeno a su criatura humana. No. Él se atribuye el amor de un padre:

“Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen” Salmo 103: 13;

la ternura de una madre:

“¿Olvidaráse la mujer de lo que parió, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque se olviden ellas, yo no me olvidaré de ti” Isaías 49: 15;

y dice que él se angustia junto con su pueblo:

“En toda angustia de ellos él fue angustiado y el ángel de su faz los salvó...Isaías 63: 9,

¡y hasta qué punto!:

“Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunclo y sobre zafiros te fundaré” Isaías 54: 11.

El Dios verdadero, el Dios de la Biblia, ama, goza, se alegra, se compadece, sufre, se aíra, se enoja, todos sentimientos de una persona con la cual podemos relacionarnos y a quien, en cierta medida, podemos conocer y comprender.

Ahora bien, que el Espíritu Santo tiene sentimientos es abundantemente claro en las Escrituras:

“...el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles” Romanos 8: 26.

En el pasaje que estamos considerando se nos exhorta a no contristar o entristecer o afligir al Espíritu Santo. Aunque nuestro hablar vano e inútil puede afectar a nuestro prójimo, y hasta gravemente, por lo cual debemos cuidar

mucho nuestro hablar, aquí tenemos una razón infinitamente mayor para abstenernos del hablar que no sirve para nada: entristece, aflige, al mismo Espíritu Santo de Dios. Sin duda que el Espíritu Santo, que inspiró a los escritores de la Biblia, sabía muy bien lo incontrolable que es nuestra lengua, puesto que nos presenta motivos tan fortísimos para no dejarnos dominar por nuestra tendencia a hablar inútilmente. Tomemos bien en cuenta que así como la rebelión hace enojar al Espíritu Santo:

**“Mas ellos fueron rebeldes e hicieron enojar su espíritu santo, por lo cual se les volvió enemigo y peleó contra ellos”.
Isaías 63: 10**

y la ingratitud y desconfianza le apaga:

**“No apaguéis el Espíritu” I Tesalonicenses
5: 19,**

así nuestro hablar vano le aflige. De modo que la cháchara insubstancial y el hablar que no sirve para nada, que no agrada, que no edifica, ni comunica bendición está junto en sus efectos maléficos con la rebelión, la ingratitud y la desconfianza y, en general, con la conducta indigna, profana o irreverente hacia el Señor. Esto es un asunto más serio de lo que estamos dispuestos a reconocer.

La traducción literal de la expresión: “Espíritu Santo de Dios” es “el Espíritu; Santo de Dios”, que me parece una forma de extrema fuerza para señalar que a quien entristecemos con nuestro hablar vano es aquel ser maravilloso, cuya esencia es la santidad y que es Dios mismo en su más pura esencia.

“Con el cual estáis sellados para el día de la resurrección”. En 1: 13, 14 el apóstol había expresado el mismo pensamiento: desde que creímos fuimos sellados con el Espíritu Santo, lo tenemos en nosotros desde el momento en que fuimos salvos y él es la garantía de que llegaremos al cielo, pese a todos los accidentes y vicisitudes del camino. Él es la marca de posesión, no somos nuestros, le pertenecemos a Dios:

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque comprados sois por precio, glorificad pues a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” I Corintios 6: 19-20.

Este pensamiento se repite por su importancia como por que es especialmente adecuado para abstenernos de hablar vanamente. Estamos sellados con el Espíritu Santo para el “día de la redención”, es decir para aquel día cuando los muertos en Cristo resucitarán y los creyentes serán

transformados y todos juntos nos elevaremos en los aires a reunirnos con nuestro bendito Señor y Salvador:

“Y cuando estas cosas comenzaren a hacerse, mirad y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está cerca” Lucas 21: 28;

“Y no sólo ellas, mas también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo” Romanos 8: 23;

“Porque el mismo Señor con aclamación, con voz de arcángel y con trompeta de Dios descenderá del cielo y los muertos en Cristo resucitarán primero, luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, juntamente con ellos seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire y así estaremos siempre con el Señor” I Tesalonicenses 4: 16-17;

“Esto empero digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: Todos ciertamente no dormiremos, mas todos seremos transformados, en un momento, en un abrir de ojo, a la final trompeta, porque será tocada la trompeta, y los muertos serán levantados sin corrupción y nosotros seremos transformados” I Corintios 15: 51-52.

Esto significa que desde el momento en que aceptamos verdaderamente a Cristo como nuestro Salvador tenemos al Espíritu Santo morando en nosotros y ese es el sello de que le pertenecemos a Dios y de que seremos guardados para él con toda seguridad, porque nadie puede quebrantar o violar ese sello divino. Significa que por el Espíritu Santo Dios ha iniciado en nosotros una obra de restauración, de nueva vida, que no cesará de avanzar, hasta llegar a la perfección, hasta el día en que estaremos capacitados para participar de toda la gloria celestial:

“Estando confiados de esto: Que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” Filipenses 1: 6.

Por lo tanto, el Espíritu Santo cuida de nosotros desde que nos regenera, cada día de nuestra carrera cristiana en este mundo, en el momento de la muerte (¡cuán potente y consoladora es esa ayuda en ese momento!), pero también hasta que se complete nuestra redención con la resurrección y transformación de nuestro cuerpo y podamos estar en la presencia y al servicio de nuestro Dios y escudriñar las profundidades de su ser con la totalidad de nuestro propio ser: espíritu, alma y cuerpo.

Vivimos, pues, permanentemente en una proximidad íntima con el Espíritu Santo, por lo cual deberíamos evitar cuidadosamente, casi diría afanosamente, todo hablar que le agravia y tener muy presente que como su esencia es la santidad, el hablar pecaminoso tiene que serle muy chocante, muy repugnante y como es Dios y Dios es amor, tiene que desagradarle profundamente el hablar que daña u ofende sin razón al prójimo. ¡Cuánto cuidado debemos tener para no agraviar al que nos sostiene! ¡Cuánto cuidado para no entristecer a aquel a quien pertenecemos! ¡Cuánto cuidado para no actuar en contra de la naturaleza santa de aquel a cuya semejanza vamos transformándonos y con el cual vivimos cada día en íntima comunión!

Si somos realmente salvos, el Espíritu Santo vive en nosotros y “el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Romanos 8: 16). Pero si le entristecemos con nuestro hablar vano, y con otros pecados, su testimonio apenas lo escuchamos y puede llegar a ser casi completamente inaudible. Así perdemos la gozosa seguridad de ser hijos de Dios, aunque continuamos siéndolo, y la paz de Dios, que guarda nuestros corazones y entendimientos en Cristo Jesús (Filipenses 4: 7). Esta declinación de nuestra vida interior también se puede deber a que nos complacemos en oír o somos débiles para rechazar las palabras hirientes, las chanzas tontas, mordaces, mal intencionadas, los chismes y murmuraciones ociosas, todas las cuales hacen daño, injurian, agravian o difaman y calumnian.

Todo esto afrenta al Espíritu Santo y profana su templo que somos nosotros, por lo cual su control de nuestro corazón se reduce a su mínima expresión y de este modo ocurre todo lo contrario de lo que nos manda el Señor: no somos llenos del Espíritu Santo, sino casi vacíos de él. Se requiere un sincero y verdaderamente poderoso arrepentimiento de nuestro hablar y escuchar vano y malo, para que nuestros labios y oídos sea purificados y puestos otra vez bajo el yugo de Cristo, para que el Espíritu Santo pueda controlarnos de nuevo y devolvernos “el gozo de la salvación” (Salmo 51: 10-12). Tal vez, si nunca hemos controlado nuestro hablar y oír desde que nos convertimos, nunca hayamos conocido ese gozo. Tenemos que orar con el salmista:

**“Pon, oh Jehová, guarda a mi boca,
guarda la puerta de mis labios” (Salmo
141: 3)**

y prestar atención a Proverbios 17: 4:

**“El malo está atento al labio inicuo y el
mentiroso escucha a la lengua
detractora”.**

Versículo 31:

“Toda amargura y enojo e ira y voces maledicencia sea quitada de vosotros y toda malicia”.

El apóstol amplía ahora su poderosa exhortación a dejar y vencer el hablar torpe a algunas de sus peores manifestaciones y a otras conductas malas, pecaminosas, que provienen de un espíritu áspero, duro, intratable o desagradable. En esta negra enumeración el término más general es el último: la malicia, dicho al final, probablemente para comprender de una sola vez una interminable serie de maldades que sería imposible o inútil mencionar una por una y de las cuales las nombradas antes son ejemplos especialmente ilustrativos y significativos.

“MALICIA” se refiere a maldad, inclinación a lo malo, a la perversidad, propensión a pensar u obrar mal, a ser perjudicial, pernicioso o dañino. Es tener disposición mala y propensa a la envidia, al odio y al rencor y mala voluntad. La malicia indica un espíritu malo para con nuestro prójimo, es decir, que en nuestros pensamientos y propósitos estamos buscando modos de dañar a los demás en su vida, reputación o propiedad (Lacy) y esto sin mediar ninguna causa especial, ninguna conducta en la persona o personas aborrecidas, que motive dichas reacciones.

Es evidente que tal espíritu no puede coexistir, a lo menos libremente y sin ninguna reprensión o retención, junto con la obra del Espíritu Santo en nuestros corazones. Si alguno tiene conciencia o adquiere ahora conciencia de que algo de esto está en su corazón, debe arrepentirse inmediatamente, confesar y pedir perdón sinceramente a los que ha dañado en sus pensamientos o con sus hechos, especialmente con su hablar, y luego confesarlo y pedir perdón a Dios con plena fe de que el Señor le perdonará y restaurará, por causa de la sangre de Cristo que fue derramada por todos nuestros pecados: pasados, presentes y futuros. Esta actitud y conducta tan drástica es necesaria, porque un hijo de Dios que tiene un espíritu malo vive en el más bajo nivel espiritual, con el mínimo control del Espíritu Santo en su vida. Pero si alguien tiene este espíritu malo y no experimenta ningún remordimiento, ni tiene ninguna voluntad de hacerle frente y cambiar drásticamente, es prácticamente seguro que no es salvo, porque el Espíritu Santo no puede morar junto con ese mal espíritu en un mismo corazón:

“Porque también éramos nosotros necios EN OTRO TIEMPO, rebeldes, extraviados, sirviendo a concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y en envidia, aborrecibles, aborreciendo los unos a los otros” Tito 3: 3.

Examinemos ahora lo que debe ser quitado de nosotros con resuelta voluntad y rendición al Señor.

AMARGURA. En castellano este término se refiere a un sentimiento interno de extrema aflicción, pena, disgusto o sinsabor, pero el término empleado en este versículo es el mismo usado en Romanos 3: 14:

“Cuya boca está llena de maledicencia y amargura”

y en **Hebreos 12: 15:**

“Mirando bien que ninguno se aparte de la gracia de Dios, que ninguna raíz de amargura brotando os impida y por ella muchos sean contaminados”,

donde no se trata de un mero sentimiento interno, sino de un mal sentimiento que se expresa de preferencia exteriormente y daña a nuestro prójimo. En este sentido, en este versículo significa: odio, rencor o encono, dureza, que murmura o critica ásperamente o con malignidad, que hiere u ofende con maledicencia áspera y punzante; ánimo violento, cruel, insensible e implacable, descortesía, aspereza, rudeza; todo lo cual se puede resumir en que la amargura a que se refiere este versículo designa la malicia punzante que se dirige, ataca o trata de herir o destruir al objeto exasperante. Evidentemente son personas las que experimentan un sentimiento tan malvado y personas también los “objetos exasperantes” contra las que se dirige su amargura. Así entendemos bien el sentido de Hebreos 12: 15: tal “amargura” es el resultado de apartarse de la gracia de Dios, inutiliza completamente a quien la experimenta y puede dañar gravemente a muchos fieles hijos de Dios contra los cuales se dirige. Si alguno de nosotros tiene algo de esto en su corazón, arrepiéntase prestamente, porque se encuentra en la condición de Simón el mago (Hechos 8: 22-23, donde se usa el mismo término) y porque si se llama a sí mismo, o se considera, cristiano, se aplica a él lo que dice en **Hebreos 12: 18-25:**

“Porque no os habéis llegado al monte que se podía tocar y al fuego encendido y al turbión y a la oscuridad y a la tempestad y al sonido de la trompeta y a la voz de las palabras, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían tolerar lo que se mandaba: Si bestia tocara al monte será apedreada o pasada con dardo. Y tan terrible cosa era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy asombrado y temblando. Mas os habéis llegado al monte de Sión y a la ciudad del Dios vivo, Jerusalem la celestial y a la compañía de muchos millares de ángeles y a la congregación de los primogénitos que están alistados en los cielos y a Dios el juez de todos y a los espíritus de los justos hechos perfectos y a Jesús el Mediador del Nuevo Testamento y a la sangre del esparcimiento que habla mejor que la de Abel. Mirad que no desechéis al

que habla. Porque si aquellos no escaparon que desecharon al que hablaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que habla de los cielos”.

¡Ruego encarecidamente a los tales que no desechen la reprensión del Señor, por su propio bien eterno!

ENOJO E IRA. Son sentimientos INTENSOS de molestia y desagrado a causa de personas, cosas o circunstancias o situaciones. Hay grados de enojo. Aquí se trata de ira y enojo intensos y, por supuesto, pecaminosos, tanto por el contexto como por el significado de las palabras en griego.

La ira es la manifestación muy violenta y furiosa de una pasión intensa en un breve lapso. En el enojo la pasión se descarga tan violentamente como en la ira y puede ser interiormente tan intensa como ella, pero el desagrado se mantiene más prolongadamente. Salvo que esta pasión sea motivada por celo por el Señor y por todo lo que pertenece o se relaciona con él y se mantenga bajo control, difícilmente podrá alguien sostener o justificar que tiene derecho a enojarse o airarse justamente. El apóstol ya se refirió a esto en el versículo 26. ¿Por qué lo repite? Sin duda porque se trata de una pasión tan común y tan destructiva que se requiere combatirla con mucha fuerza. También porque es una de las manifestaciones más comunes de la malicia o maldad y porque está a menudo estrechamente relacionada con hablar palabras torpes. Además, probablemente, porque destruye tan seguramente la paz interior del que la experimenta y perturba a aquellos contra los cuales se dirige, que entristece y agravia especialmente al Espíritu Santo, con quien vivimos en tan íntima comunión, si somos salvos verdaderamente.

Nos preguntamos otra vez: ¿Cómo vencer una pasión tan devastadora y, en gran medida, involuntaria, y que generalmente se desata tan inesperadamente? A lo dicho en la consideración de los versículos 26 y 30 agregó que deberíamos reflexionar frecuentemente en lo excesivamente dañino de la ira y el enojo, tomar en cuenta que está íntimamente asociada con el orgullo:

“Soberbio y presuntuoso escarnecedor es el nombre del que obra con orgullosa saña” Proverbios 21: 24;

la crueldad:

“Cruel es la ira e impetuoso el furor, mas ¿quién parará delante de la envidia? Proverbios 27: 4;

las contiendas:

“Mejor es vivir en un rincón de zaquizamí, que con mujer rencillosa en espaciosa casa...Mejor es morar en tierra del desierto, que con la mujer rencillosa e iracunda” Proverbios 21: 9 (También hay hombres así y vale lo mismo para ellos.

Zaquizamí es el último cuarto de la casa, estrecho, incómodo y sucio);

“El hombre iracundo levanta contiendas y el furioso muchas veces peca” Proverbios 29: 22 (que vale también para las mujeres);

que conlleva su propio castigo:

“Es cierto que al necio la ira lo mata” Job 5: 2a;

“El de grande ira llevará la pena y si usa de violencias, añadirá nuevos males” Proverbios 19: 19;

“Como ciudad derribada y sin muro es el hombre (también la mujer) cuyo espíritu no tiene rienda” Proverbios 25: 28;

y puede aislarnos de nuestros semejantes y precipitarnos en una terrible soledad e incomunicación:

“En su secreto no entre mi alma, ni mi honra se junte en su compañía, que en su furor mataron varón y en su voluntad arrancaron muro” Génesis 49: 6;

“No te entrometas con el iracundo, ni te acompañes con el hombre de enojo, porque no aprendas sus maneras y tomes lazo para tu alma” Proverbios 22: 24-25.

Por ser malos la ira y el enojo, deberíamos orar con especial dedicación y fe para que el Señor nos dé la victoria sobre ellos y estar dispuestos, prontos y alertas para resistirlos en todo tiempo y circunstancia, confiados en la gracia de nuestro buen Dios y plenamente persuadidos de lo malos que son la ira y el enojo. En nuestras oraciones para vencerlos debemos tener presente que necesitamos especial gracia para dominar la manifestación externa de esta pasión y su presencia en nuestra mente y corazón. Como antes dije, si nos damos cuenta de que algo nos enfurecerá y logramos orar antes de que estalle la ira, será imposible que seamos dominados por ella. Esto es difícilísimo, pero posible por la gracia de Dios, que nos advierte interiormente por su Espíritu Santo y la convicción poderosa de que la ira y el enojo son muy malos y pecaminosos.

VOCES Y MALEDICENCIA. “Voces” se refiere a “vociferación” o “griterío”. “Maledicencia” es, literalmente, “blasfemia”, pero en este caso se refiere a “hablar en forma gravemente injuriosa contra una persona”, conclusión debida al contexto.

Esta es la manifestación verbal de la ira y el enojo. Lo primero se refiere al estallido de la ira expresada en voz alta y destemplada, para que se oigan

bien las quejas y recriminaciones y se sepa la molestia que experimenta el iracundo. Es una reacción normal de quien está fuera de sí, sin autocontrol, el elevar la voz descomedidamente y sin consideración con nada, ni con nadie, sin que le importe cuánto pueda herir, a veces a seres muy queridos, ni que pueda perturbar y hasta destruir su familia, la armonía conyugal o la obra del Señor, especialmente escandalizando a los nuevos o a los más débiles. El iracundo despliega una especial habilidad para escoger las palabras más hirientes o que puedan causar más dolor, pero lo hace sin razonar. Es el diablo que saca a la luz lo más sucio de la mucha basura acumulada en el subconsciente de todo ser humano. Si un iracundo puede controlar su lengua y callar en vez de gritar habrá dado el principal paso para dominar su ira, porque una ira que no se expresa a gritos tiende a apagarse rápidamente. Por eso un creyente debe orar y esforzarse para callar cuando está airado o en peligro de airarse y el que trata con un iracundo debe recordar siempre Proverbios 15: 1 y 25: 15b:

“La blanda respuesta quita la ira, mas la palabra áspera hace subir el furor...la lengua blanda quebranta los huesos”,

pero esa blanda respuesta tiene que ser con amor y sinceridad. La ira necesita algo contra lo cual estrellarse, algo que golpear, y cuando no lo encuentra, aunque al principio esto pueda acrecentar el furor, termina por calmarse. Nunca debemos olvidar que para una airada pelea se necesitan dos, a lo menos. Nadie puede pelear solo.

Hay que evitar también la conducta diabólica del que sabe que alguien es iracundo y le provoca deliberadamente, o del que responde con aparente blandura, pero en realidad con hipocresía, con ironía mordaz y provocativa, lo que está muy lejos de corresponder al consejo de Proverbios 15: 1.

La maledicencia es el hablar difamatorio, insultante y ofensivo contra alguien con quien se está enojado, a espaldas de éste. Si consideramos que esta maledicencia es propia del cobarde que no se atreve a enfrentar cara a cara a aquel con quien está resentido, justa o injustamente, quien con su maledicencia procura destruir la estimación, la reputación, el respeto o el amor que otros puedan sentir por la persona aborrecida y transmitirles su propio resentimiento, odio, rencor o molestia, el cual proviene indudablemente de que el maldiciente no ama a la víctima del veneno de su lengua, comprenderemos por qué debemos resistirnos a caer en cualquier forma de maledicencia, apelando a todo el poder del Señor, con el cual contamos, si somos sus hijos, y a toda nuestra convicción y fuerza de voluntad por una parte, y por otra, para negarnos **ENERGICAMENTE** a escuchar al maldiciente.

Si nadie se prestara para escuchar a los maldicientes y, por el contrario, les reprendiera, se acabaría esta plaga en la vida de la iglesia, en particular, y de la sociedad, en general, aunque reprender a un maldiciente tendrá habitualmente como consecuencia convertirnos en blanco también de su enojo y maledicencia.

Debe tenerse presente además que el enojo del maldiciente se puede deber a la envidia, que siente como un insulto personal no tener lo que otro tiene, sea material, intelectual, moral o espiritual, en cuanto a habilidades y destrezas.

Mateo 18: 15-17 nos enseña cómo tiene que actuar un creyente que considera que otro creyente se ha portado mal con él:

“Por tanto, si tu hermano pecare contra ti, vé y redargúyete entre ti y él SOLO. Si te oyera, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Y si no oyere a ellos, dilo a la iglesia (al Consistorio, que la gobierna y representa) y si no oyere a la iglesia, tenle por étnico (extranjero, no cristiano) y publicano (muy pecador);

Levítico 19: 17 dice con qué espíritu se debe corregir al que se porta mal, y que debe ser corregido, porque no se puede ignorar su mal comportamiento, ya que eso revelaría falta de amor hacia él:

“No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; ingenuamente reprenderás a tu prójimo y no consentirás sobre él pecado”;

Gálatas 6: 1 nos pone en guardia sobre nuestra propia debilidad:

“Hermanos, si alguno fuere tomado en alguna falta, vosotros, que sois espirituales, restaurad al tal con el espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, porque tú no seas también tentado”

y Mateo 5: 39-41 nos enseña que es tan malo guardar rencor, que sería preferible actuar como dice allí, con todo lo evidentemente impropio que resulta, antes que permitir que tal rencor o enojo se anide en nuestro corazón:

“Mas yo os digo: No resistáis al mal, antes a cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra vuélvele también la otra; y al que quisiere ponerte a pleito y tomarte la ropa, déjale también la capa; y a cualquiera que te cargare por una milla, vé con él dos”.

¿Obedeceremos la palabra del Señor o preferiremos seguir siendo como nos lo dicta nuestro viejo hombre? Oigamos estas solemnes advertencias al respecto:

“El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, ni habrá para él medicina...La sabiduría clama de fuera, da su voz en las plazas,

clama en los principales lugares de concurso; en las entradas de las puertas de la ciudad dice sus razones: ¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza y los burladores desearán el burlar y los insensatos aborrecerán la ciencia? Volveos a mi reprensión: he aquí yo os derramaré mi espíritu y os haré saber mis palabras. Por cuanto llamé y no quisisteis, extendí mi mano y no hubo quien escuchase, antes desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis. También yo me reiré en vuestra calamidad y me burlaré cuando os viniere lo que teméis, cuando viniere como una destrucción lo que teméis y vuestra calamidad llegare como un torbellino, cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia. Entonces me llamarán y no responderé, buscarme han de mañana y no me hallarán, por cuanto aborrecieron la sabiduría y no escogieron el temor de Jehová, ni quisieron mi consejo y menospreciaron toda reprensión mía. Comerán, pues, del fruto de su camino y se hartarán de sus consejos, porque el reposo de los ignorantes los matará y la prosperidad de los necios los echará a perder. Mas el que me oyere habitará confiadamente y vivirá reposado, sin temor de mal” Proverbios 29: 1; 1: 20-33.

En relación con estos pecados de la lengua, la vociferación y la maledicencia, dice Findlay: “Estos pecados de palabra eran corrientes en la sociedad pagana e indudablemente algunos lectores de la carta encontrarían difícil renunciar a ellos. Especialmente difícil era esto cuando los cristianos sufrían toda clase de agresiones a mano de sus vecinos paganos y sus antiguos amigos. Cuesta una lucha severa permanecer en silencio y “poner guarda a la boca” bajo fieros y maliciosos ataques y vituperios. No volver nunca mal por mal, maledicencia por maledicencia y, al contrario, bendecir, era una de las lecciones más difíciles de aprender para la carne y la sangre”.

Es evidente que estas malas pasiones no deben existir entre miembros de una misma familia y, de la misma manera, puesto que la iglesia es verdaderamente una familia, estos pecados tan malvados y destructivos, como son la amargura, la ira, el enojo, la vociferación, la maledicencia y la maldad, deben ser enérgicamente combatidos y quitados (yo diría, arrancados) de nuestras vidas.

Versículo 32:

“Antes sed los unos con los otros benignos, misericordiosos, perdonándoos los unos a los otros, como también Dios os perdonó en Cristo”.

“Antes sed los unos con los otros benignos”. El gran vacío dejado por la erradicación de la maldad y su cortejo de pasiones malvadas debe ser llenado con virtudes cristianas, es decir, no virtudes naturales, sino producidas sobrenaturalmente por el Espíritu Santo en nosotros. En vez de ser malos entre nosotros, debemos ser benignos.

“BENIGNIDAD” es afabilidad, amabilidad, buena voluntad o afecto, inclinación a hacer el bien y blandura o apacibilidad de genio. Así como uno se acostumbra a ser áspero, a actuar con malos modos, con brusquedad, desabridamente y a contestar y a hablar descortésmente, así debemos poner un especial empeño, con oración, en adquirir el hábito de ser corteses, afables, amables; hay que aprender a pedir todo por favor; a decir: “con permiso”; a dar gracias por cualquier servicio recibido, por pequeño que sea; a escuchar con atención e interés no fingido a los demás; a ser cariñosos con todos. Esto debe ser inculcado a los niños, especialmente con el ejemplo, desde su más tierna edad. Mientras mayor sea el amor que llene nuestro corazón, más fácil será esta tarea de fundamental importancia.

No hay que olvidar que amar de verdad es “dura tarea”, por lo cual requiere que pongamos todo nuestro empeño y fe en esta tarea, aferrados, dependiendo estrechamente del Señor para ello. Su fruto será paz y gozo y la honra de nuestro Dios, Señor y Salvador. Ser benignos por amor no es tarea para cristianos frívolos y tibios, sino para los que desean y se esfuerzan ardientemente por llenarse de toda la virtud de Dios.

“MISERICORDIOSOS” o “compasivos”, es decir, que sientan ternura y lástima por las desgracias, trabajos, males o miserias ajenas, lo que se traduce en una cálida simpatía hacia los que sufren. Aunque los cristianos debemos compadecernos sinceramente de todo el mundo, aquí se refiere a la compasión por nuestros hermanos en la fe, como se nos ordena en Romanos 12: 13a:

“Comunicando a las necesidades de los santos...”

y se ilustra en I Corintios 12: 26a:

“Por manera que si un miembro padece, todos los miembros a una se duelen...”

El hecho de que la misericordia sea un sentimiento no significa que deba ser inactiva; al contrario, si la misericordia es genuina, nos impulsará a hacer algo para consolar o aliviar el dolor de nuestros hermanos, que sentimos como propio:

“Y si el hermano o la hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día y alguno de

vosotros les dice: Id en paz, calentaos y hartaos, pero no les diereis las cosas que son necesarias para el cuerpo ¿Qué aprovechará? Santiago 2: 15-16;

“Mas el que tuviere bienes de este mundo y viere a su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas ¿cómo está el amor de Dios en él? I Juan 3: 17.

La iglesia tiene entre sus oficiales a los diáconos, que se ocupan de la obra de misericordia de ella, en razón de su oficio, que es un ministerio para toda la vida. Por eso deben ser especialmente reconocidos por su compasión, la que deben ejercer con mucho tino y sabiduría. Pero además, a ellos está especialmente encomendado el estimular la compasión práctica de los creyentes. Ningún hijo de Dios debe escudarse en el ministerio de los diáconos para eludir su propia responsabilidad de ser misericordioso con sus hermanos y todos deben colaborar cordialmente en la labor de los diáconos, dando dinero, alimentos y especies y consolando y visitando a los afligidos, enfermos y necesitados, especialmente cuando los diáconos lo soliciten.

“PERDONANDOOS” los unos a los otros, como también Dios os perdonó en Cristo. “Uno de los modos más notables como se manifiesta una benignidad y misericordia verdadera es el perdón. Entre los inconversos es común que uno injurie a otro y éste replique con otro insulto, en lo posible peor que el recibido. Los redimidos, en cambio, deben perdonarse entre sí toda injuria y mal comportamiento, siguiendo el modelo y ejemplo de nuestro Padre celestial, que nos perdonó en Cristo, lo que corresponde a lo dicho en II Corintios 5: 19a:

“Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí, no imputándole sus pecados...”

El término “mundo” aquí es el mismo que se usa en I Juan 2: 2:

“Y él es la propiciación por nuestros pecados y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”,

por lo cual sabemos que la obra redentora de Cristo, que hace posible el perdón de Dios, es para todos los seres humanos, sin distinción, elegidos y no elegidos. Sin embargo, aunque todos los seres humanos estamos perdonados en principio, por los méritos infinitos de Cristo, no todos reciben el perdón efectivo, porque para ello es necesario el arrepentimiento verdadero, la fe sincera en Cristo y en su obra consumada en la cruz y en la resurrección y la recepción efectiva del Señor en el corazón:

“Mas a todos los que le recibieron díoles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre” Juan 1: 12;

**“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo, si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo”
Apocalipsis 3: 20.**

Pero hay muchos que no quieren dar estos pasos de fe, incluso a veces teniendo y dando testimonio del poder transformador del evangelio. Sólo los que lo hacen son efectivamente perdonados, por lo cual se convierten en verdaderos hijos de Dios y pueden gozar de su confianza y de íntima comunión con él.

Este es el modelo del perdón del cristiano: en principio debemos perdonar siempre, a todos y cualquier ofensa o perjuicio personal que recibamos de otros, cristianos y no cristianos, lo que se debe expresar en ausencia de rencor y de espíritu vengativo, como Jesús:

“Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...” Lucas 24: 34,

y Esteban:

**“Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no los imputes este pecado...”
Hechos 7: 60.**

Además, debemos estar prontos y tener voluntad sincera de volver al ofensor a nuestra confianza, si se dan las condiciones para ello. Estas condiciones son la confesión y el pedir perdón el ofensor (cuando es cristiano). Sin esto no podemos ni debemos devolverle la confianza, ni volverlo a una estrecha relación con nosotros, porque así procede nuestro Padre celestial.

En Mateo 18: 21-22, Jesús le enseñó a Pedro que debía perdonar siempre:

“Entonces Pedro, llegándose a él, dijo: Señor ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que pecare contra mí? ¿hasta siete? Jesús le dice: No te digo hasta siete, mas aun hasta setenta veces siete”.

En Mateo 18: 23-34 nos enseña con singular energía y elocuencia a considerar pequeñísimas las faltas contra nosotros, que son fallas de dos personas de la misma naturaleza, pecadores y defectuosos ambos, en relación con las que nosotros cometemos contra nuestro Dios, Creador y Dueño, infinito, perfectamente bueno, justo y santo, lo que debe inclinarnos al perdón (lo que se debía al rey era el equivalente de unos diez millones de dólares; lo que se debía al conserivo ¡sólo dieciséis dólares!)

En **Mateo 18: 35:**

“Así también hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de vuestros corazones cada uno a su hermano sus ofensas”;

Marcos 11: 26:

“Porque si vosotros no perdonareis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos perdonará vuestras ofensas”;

y **Mateo 6: 14-15:**

“Porque si perdonareis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial. Mas si no perdonareis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”

nos dice el Señor que es condición necesaria, aunque no suficiente, que nosotros perdonemos a los que nos ofenden o maltratan, para que él también nos perdone. Esto quiere decir que si nosotros no perdonamos a nuestros semejantes no podemos esperar, ni pedir Que Dios nos perdone, ni nos perdonará, porque es hipocresía pedir perdón a Dios por pecados grandísimos, a causa de la suprema majestad de aquel contra quien los cometemos, y no estar dispuestos de corazón a perdonar las relativamente pequeñas faltas de los demás contra nosotros. Los matrimonios cristianos y todos los que tienen una estrecha relación entre sí deben aprender y practicar esto en forma muy especial y no exagerar respecto a faltas sin importancia, aunque siempre debemos estar muy atentos a nuestro engañoso corazón.

Debe tenerse presente que a la luz de muchos otros pasajes de la Biblia, tales como Lucas 13: 3, Juan 3: 16; Efesios 2: 8: I Juan 1: 9, etc., el hecho de que nosotros perdonemos a nuestros semejantes no basta (no es condición suficiente) para que Dios nos perdone. Esto vale tanto para el perdón en general, por el cual recibimos la vida eterna, como para el perdón en particular, por el cual necesitamos ser restaurados a la comunión con Dios cada vez que pecamos. En relación con no querer perdonar, es decir con ser implacables, lo que pone al que se comporta así junto con los paganos henchidos de maldad de Romanos 1: 28-32, hay que volver a destacar las palabras de nuestro Señor en Mateo 7: 24-27:

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras y las hace le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la peña y descendió lluvia y vinieron ríos y soplaron vientos y combatieron aquella casa y no cayó, porque estaba fundada sobre la peña. Y cualquiera que me oye estas palabras y no las hace le compararé a un hombre insensato, que

edificó su casa sobre la arena y descendió lluvia y vinieron ríos y soplaron vientos e hicieron ímpetu en aquella casa y cayó y fue grande su ruina”.

¡No las desoigamos!

Notemos finalmente, en relación con este versículo 32, que la cruz de Cristo no sólo es el centro de la teología, es decir, la doctrina básica por excelencia, sino también de la ética o de la moral cristiana: el sacrificio del Calvario es el fundamento de nuestra salvación y también la norma y el incentivo para nuestro comportamiento como genuinos hijos de Dios.